

SERIE DOSIER DAVINCI  
LUIS CANO



**MORIR**  
**EN**  
**PRIME TIME**

TINTAYLUZ

SERIE DOSIER DAVINCI

---

# **Morir en Prime Time**

Luis Cano

---

© Luis María Cano Plá - Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*Morir en Prime Time* y *Dossier Davinci* son -a todos los efectos- obras de ficción, en las que se incluyen algunos personajes y hechos reales con el único objetivo de enriquecer la trama.

DOSIER DAVINCI

**Libro primero**  
Morir en PrimeTime

**Libro segundo**  
Ahogado en palabras

**Libro tercero**  
Rodando tus sueños

**Libro cuarto**  
Pedazos de Roma

**Libro quinto**  
La música secreta

**Libro sexto**  
Atrapa el momento

Interludio

**Libro final**  
Una montaña de secretos

**Epílogo**

-Libro primero-

## **Morir en Prime Time**

Alejandro Damasco se dio a conocer al mundo entero en la jornada de apertura de la galería Echoes, durante la presentación de su serie *Las profundidades del alma*. La asistencia de público y medios de comunicación era masiva, más por el exitoso trabajo de los responsables de relaciones públicas de la nueva galería, que por el poder de convocatoria de un pintor hasta el momento casi desconocido. No solo se había conseguido atraer a las figuras más destacadas del panorama artístico parisino, sino que además se habían sumado al acto destacados representantes de disciplinas en principio bastante menos relacionadas con cuestiones artísticas, como el deporte o la moda. Tal vez mucho menos sorprendente era que también algunos políticos de renombre, como Philippe Demont, se dejaran ver por allí, revoloteando junto a las cámaras como excitados insectos atraídos por la luz en una noche de verano.

Sin ser demasiado grande, Echoes, sin duda ayudada por la forma circular de su sala central, resultaba un espacio cómodo y muy adecuado para exhibiciones multitudinarias. En el anillo exterior, se proyectaban sobre la pared curva los cuadros de Damasco. Ésta era la peculiaridad más destacable de la galería: las obras se mostraban en espectaculares imágenes reflejadas, aunque también podía admirarse su formato original en la sala interior. El techo en cúpula completaba una inusual sensación de encontrarse en el interior de alguna construcción natural, mineral o incluso orgánica. Música *chillout* empapaba la estancia de una onírica atmósfera que, sin embargo, no conseguía engullir por completo los excitados y altisonantes murmullos de la multitud, que iba acomodándose poco a poco en las sillas colocadas en círculos concéntricos alrededor del pequeño escenario preparado para la ocasión. Como no parecía haber sillas suficientes para todos los asistentes, los más rezagados comenzaban a quedarse de pie junto a la pared que circundaba la sala, estropeando en parte el impactante efecto de las proyecciones paisajísticas, que quedaban ahora reflejadas sobre sus cuerpos. Muy pocos espacios podían ser ya aprovechados por nuevos visitantes. La ubicación de Echoes junto a uno de los bulevares más transitados de París podría haber disparado el aforo, pero la entrada solo se permitía acreditando invitación previa.

Alejandro ocupaba ya su asiento en el escenario central con el director de la galería a su derecha y a su izquierda el habitual maestro de ceremonias en este tipo de eventos, en esta ocasión Thierry Fourieur, archiconocido presentador del *late night* de moda en France 2. El artista miraba a su alrededor con serenidad, sin un mínimo signo de sorpresa o admiración ante una asistencia que sabía bien que abarrotaba la sala más por la inauguración de la galería —cóctel posterior debidamente anunciado— que por su deseada presencia. Vestía de blanco immaculado, camisa de cuello mao y amplios pantalones a juego. Solo un colgante de oro blanco en forma de sol con un enorme granate en su centro desequilibraba la neutra combinación. El pelo, por una vez, bien peinado en una melena de cabellos lisos, brillantes, oscuros, enmarcando un rostro ancho de facciones amables, algo bronceado y rematado por una barba recortada con esmero.

De manera un tanto abrupta, la música cesó. Una de las esculturales modelos invitadas al acto trataba de acceder en ese momento al último asiento que quedaba vacío en la fila más cercana al escenario, frente a los ponentes. Sus esfuerzos por avanzar se convirtieron en el foco de atención de todo el auditorio. En realidad, lo que muchos de los asistentes encontraron estimulante fue la

visión de sus llamativas formas, ajustadas en un atuendo de seda negra, confeccionado con acierto y vestido con sensual elegancia.

— Muy buenas noches... Perdón, el micro parece desconectado. — con unos ligeros golpeteos de su dedo índice en la cabeza del micrófono, intentó comprobar la resonancia emitida.

Tras una breve manipulación por parte de un asistente y ya con la voz amplificada, el director de la galería retomó su introducción.

— Disculpen, ahora sí. Muy buenas noches señoras y señores. Mi nombre es Alan Mittard. Les agradezco a todos su presencia en esta inauguración. Nos complace observar la generosa respuesta que ha merecido nuestra convocatoria. Echoes es un nuevo concepto de galería y abre sus puertas con la intención de convertirse en un enclave muy especial para todos los amantes del arte: del arte vivo. Esto no es un museo, y quiero dejarlo claro desde el principio. — miraba a los presentes con unos ojos vivos y centelleantes, que reflejaban la pasión destilada por sus palabras — No queremos colecciones de obras muertas. Buscaremos siempre exponer obras que requieran la complicidad del espectador de una manera especial. Toda obra de arte necesita un espectador, qué duda cabe, pero hay artistas que se acomodan y también lo hacen los receptores de su obra, que solo ven lo que se les da ya masticado, listo para digerir, aburridamente descifrado. No nos interesan las explicaciones fáciles. En realidad no nos interesan ningún tipo de explicaciones, sino las sensaciones. Queremos obras transgresoras que provoquen y trasciendan, que indignen, emocionen, enfurezcan, que provoquen la cólera y el llanto, que nos llenen de deseo y de pasión. Y yo ya no quiero estropear más esta inauguración con mi verborrea descontrolada. Todo puede ir mucho mejor si le cedo el turno a Thierry, un profesional de la palabra que os presentará al artista que hoy nos honra con su presencia.

Alan acercó el micrófono a Thierry esbozando una sonrisa cómplice que el presentador correspondió con agrado. Con envidiable naturalidad y en un tono suave y magnético, Thierry comenzó su introducción como si compartiera confidencias con su grupo de amigos en la acogedora intimidad de algún *pub* irlandés.

— Tenemos suerte; muchísima suerte. No hablo del cóctel que disfrutaremos en una hora, aunque incluya barra libre con todo tipo de bebidas espirituosas —unas risas generalizadas rebotaron con optimismo por toda la sala— Somos unos pocos elegidos para disfrutar de una nueva experiencia artística y no vamos a hacerlo de la mano de cualquier aspirante, sino de un genio extraordinario llamado Alejandro Damasco. Como coleccionista de arte, además de presentador en mis ratos libres — añadió en tono humorístico — sus cuadros me parecen un fabuloso enigma aún por desvelar.

El pintor se reincorporó en su silla, sonriendo con nerviosa satisfacción “Thierry empieza fuerte”, pensó. El popular presentador retomó la palabra.

— La galería Echoes hoy no es conocida. Tampoco lo es Alejandro Damasco. Es seguro que lo van a ser y más pronto que tarde. El mundo artístico — hizo una medida y significativa pausa — el mundo está hambriento de ideas y de talento y a la vez, hastiado de mediocridad y oportunismo. Esta noche se dan cita y se conjugan en esta sala dos formas similares de entender lo artístico: crear lanzándose al vacío de la exploración, sin más red que el instinto y con el impulso que solo da la seguridad del propio convencimiento.

Con cada palabra añadida a su apasionado discurso, la bronceada piel del presentador parecía brillar con más intensidad. Thierry era un hombre atractivo. Un alquimista de la palabra que sabía adornar cualquier frase solo con sus cálidas modulaciones, seduciendo con cada mirada y con cada gesto. Continuó hablando durante muchos minutos y Alejandro se convenció pronto de que

daba igual lo que dijera porque la audiencia le seguiría escuchando embelesada. Tenía sin duda un poder de atracción similar, aunque de otra naturaleza, al de la espectacular modelo que ya acomodada en su silla, disfrutaba de la presentación. Al verla recordó a Selene, que no estaba en la sala. Y recordó, sin quererlo, su plan. Decidió olvidar sus detalles y concentrarse en lo que podía lograr. Sintió que tras muchos años de esfuerzo, su momento había llegado. Nunca antes una sala de exposiciones con ninguna de sus colecciones había merecido tanta atención del público y de los medios. Cámaras de los principales canales de Francia cubrían el evento a nivel local y nacional. Incluso se percató de la presencia de varios periodistas extranjeros, uno de la RAI, otro de RTVE y un tercero de la televisión suiza que seguían el acto desde la primera fila. Poco importaba que fuera su presencia la que provocara tanta expectación o que esta se debiera a la ampliamente anunciada inauguración de Echoes. Lo importante era que la presentación se había convertido en el escaparate ideal para darse por fin a conocer. Entre los asistentes encontró los rostros conocidos de algunos de sus alumnos en la escuela así como de algunos artistas con los que había tenido relación en los últimos tiempos, sobre todo por coincidir en exposiciones y conferencias. Cruzó su mirada con Anja Bock, una estudiante alemana de música con gran talento y con una belleza de pureza deslumbrante, que semanas atrás le había revelado opiniones muy interesantes sobre creación artística e inspiración. Estaba acompañada del prometedor director de cine Mirko Hanaka. También le pareció reconocer a Marco Baldini, el reputado escultor y representante. No lejos de donde creyó situarle, se encontraba Gabriel, gran fotógrafo y como él mismo se había definido en no pocas ocasiones, "cazador de arco iris". Aparte de ellos, más y más conocidos pero ningún amigo cercano ni tampoco familiares — demasiados kilómetros — . Lo prefería así.

— La obra de Alejandro Damasco — continuaba Thierry Fourieur — es engañosa y es fascinante. Crees verla y en realidad no has empezado a mirarla. La entiendes y al instante se fragmenta en mil pedazos que no logras aprehender ni ensamblar. ¿Surrealismo? ¿Cubismo? ¿Impresionismo? ¿Arte abstracto, figurativo? Dejémonos de etiquetas, por favor. Creo que si su obra pudiera definirse con palabras, se estaría diciendo muy poco de ella. Si lo hiciéramos la estaríamos empobreciendo y ni siquiera creo que se hayan inventado todavía las palabras para esta maravilla que ilumina ya las paredes de Echoes.

Con las últimas palabras del presentador, la luminosidad de la sala había ido languideciendo hasta inundarla de una inquietante oscuridad solo vencida por la fosforescencia de las paredes que les rodeaban. Sobre ellas se proyectaban ya los temas "Exploraciones I, II, III y IV" de la serie *Las profundidades del alma*. Una música de violines acompañaba la proyección, subrayando las febriles pinceladas escupidas sobre el lienzo con pasión arrebatada. No era posible quedarse indiferente ante esa pintura. Aún sin mostrar formas identificables, la serie en sus diferentes versiones, rebosaba sentimientos auténticos, no contaminados, de los que solo habitan en lo más profundo de cada ser humano. Con unos efectos audiovisuales impactantes, las imágenes iniciaron una leve intermitencia, una sutil palpitación acompañada del sonido de un corazón bombeando sangre. Poco después, las diferentes imágenes comenzaron a trasladarse con lentitud primero, para terminar girando alrededor de los espectadores con una velocidad hipnótica. También los acordes de los violines se atropellaban en un enloquecido ritmo que anticipaba la deseada culminación. Sobre el escenario central, ya sin los dos presentadores en primer término, un foco de luz cenital iluminaba el elevado estrado giratorio y la dominante figura del artista, el verdadero protagonista de tan espectacular montaje. Los aplausos terminaron de apagar los últimos ecos de los violines y dieron paso a un expectante silencio. Alejandro se sintió como un pequeño dios. El haz de luz

iluminaba su contorno y lo dotaba de un protagonismo hasta entonces desconocido, terminando con su nunca merecida condena a la invisibilidad. Se dejó llevar por las sensaciones, borracho de egocentrismo, sin oponer resistencia e interpretando a la perfección el papel encomendado. En ese preciso instante, dejaba de ser un artista desconocido y destruía en mil pedazos y para siempre las paredes que por tanto tiempo le habían ocultado. La base dejó de girar sobre sí misma y Damasco bajó al escenario con un tambaleo casi imperceptible. Ya en firme, sacudió ligeramente su cabeza y continuó disfrutando de la expectación creada, alimentándola.

"Me siento flotando en las nubes. Si esto es un sueño, no quiero despertar jamás" — pensó —. Masajeó sus párpados y abrió después los ojos de par en par mientras alzaba sus brazos como si acabaran de detenerle, exponiéndose a la audiencia en cuerpo y alma. Bajando los brazos y cruzándolos a la espalda, siguió aún durante casi un minuto moviéndose despacio por el escenario, enfocado siempre por el haz de luz que le perseguía como a un reo paseando en el patio de la prisión. No se sentía así, ni mucho menos. Se sentía un privilegiado. Deseaba compartir en voz alta, pensamientos que mil veces le habían atormentado y no había podido expresar más que plasmándolos, exorcizándolos en pinceladas desesperadas sobre un lienzo. Se paró en seco cruzándose de brazos y poco a poco, con voz tranquila y decidida comenzó su discurso.

— Hoy podéis verme. Y hoy, por fin, puedo veros. Termina ya, por lo tanto, mi condena y quiero agradecerlo. Han sido muchos años de trabajo silencioso, de recibir como única recompensa a mis esfuerzos la indiferencia generalizada. Un artista no busca reconocimiento, busca comunicarse. ¿Y qué es lo que quiere, qué necesita comunicar?: Lo que solo puede expresar y sacar de su interior en forma de manifestación artística. Seamos sinceros: los elogios de Alan y Thierry los considero, a tenor de mis méritos, generosos; hasta excesivos. Pero no los rechazo. Los necesito. Como os necesito a todos vosotros —recorriendo con su brazo extendido y su dedo índice, señaló con un gesto teatral a la audiencia que le rodeaba— para completar el proceso de comunicación, para haceros llegar mi mensaje, mi botella de naufrago.

Alejandro hizo una pausa para reordenar sus pensamientos y aprovechó para volver a sacudir su cabeza, mientras con los dedos de su mano derecha trataba de dar un poco de holgura al cerrado cuello de camisa. De manera cierta pero aún de forma imperceptible, pequeñas gotas de sudor comenzaban a humedecerle el rostro .

— Hay algo de lo que hoy ha comentado mi querido Alan, que sí suscribo por completo: mi obra es riesgo. Crear por afición, o por entretenimiento es algo muy diferente a crear por necesidad. Ponerlo "todo" en la obra no puede ser nunca una misión segura. Pero mucho mejor que yo, lo expresa mi gran amigo el poeta Verbot, que también emprendió su particular lucha para terminar con la invisibilidad de su obra. Quiero hacer mías sus palabras, pero como no querría cometer un error al citar su poema, me permito, con el debido respeto y con toda la admiración del mundo, leerlo para todos ustedes.

Tras un ligero temblor en sus piernas al sacar del bolsillo de su camisa un folio doblado, lo extendió bajo la luz y entrecerrando los ojos con visible molestia ante su intensidad reflejada en el blanco papel, inició un lento paladeo de las elegidas palabras .

### *Arte del hambre*

*Crear desde la indulgencia*

*con las necesidades cubiertas.*

*Crear sin sentir el vértigo,*

*no hay en la nuca un aliento.*

*De la necesidad imperiosa,  
de haberlo apostado todo,  
nace un monstruo misterioso  
que es el arte verdadero.  
¿Cómo puede ser lo mis...  
¿Cómo puede...?  
¿Cómo puede ser...*

El último verso, iniciado por tercera vez, acompañó la caída del papel, que flotó por unas interminables décimas de segundo planeando antes de llegar al suelo, como un pájaro herido de muerte. Anja Bock miraba con atención, comentando algo en voz baja a Mirko Hanaka. Sus ojos, parecieron abrirse un poco más, solo un poco. No muy lejos de ellos, Marco Baldini permanecía escuchando con sus manos sostenidas por las yemas de los dedos, pero una fina arruga se formaba ya en su frente. Al mismo tiempo, Gabriel Estrada frenaba a pocos milímetros de sus labios, el vaso de agua que con decisión había acercado a su boca. También el guardia de seguridad que permanecía junto a la puerta de entrada acristalada observando desde su posición el escenario, concentró su mirada en la inesperada caída de la hoja de papel blanco. Alan Mittard, en la penumbra de la parte posterior del escenario, iniciaba un giro lento de su cuello, buscando la mirada de Thierry Fourieur, que a su vez movía la cabeza hacia el director. El silencio se convirtió en un velo asfixiante que no dejaba respirar a nadie. Si el tiempo se hubiera detenido en ese preciso instante, los distendidos rostros de los presentes hubieran reflejado variadas expresiones en las que casi de forma imperceptible, se reflejaba ya una tenue sombra de sorpresa y extrañeza, aún no de preocupación. Puede que incluso alguien todavía sonriera, como en esa foto del lanzamiento del Challenger en Cabo Cañaveral en la que los rostros de los familiares aún no reflejan el devastador impacto de estar viendo en directo el estallido del cohete en pleno vuelo. Pero el tiempo nunca se detiene y la realidad no se congela, por inaceptable que sea.

El espeso velo de silencio se rasgó con un golpe seco, rotundo. Las rodillas de Alejandro Damasco chocaron contra el suelo, dejándole postrado en una indigna postura que suscitaba al mismo tiempo compasión y alarma. Solo fue un breve y aterrador prelude de su inmediato desplome, entre fuertes convulsiones. Con la mirada perdida, cayó hacia un lado, quedando su rostro desencajado, bañado en el vómito espumoso que aún manaba de su boca. Si todo fue fugaz desde el mismo momento en que el poema interrumpido flotó en su hoja de papel hacia el suelo, las reacciones de histerismo subsiguientes se desencadenaron a una velocidad demencial. Gritos, golpes, desmayos, mareos, angustia, llamadas de auxilio, saltos, empujones, sonido de alarmas, nervios, llantos, confusión, miedo, pánico, plegarias, lamentos...

En la vorágine de reacciones descontroladas, Mireia Márquez, la espectacular modelo que había ocupado su asiento pocos instantes antes del comienzo de la presentación, se abrió paso a empujones hacia el escenario.

—Apártense. Dejen paso, ¡Por Dios apártense! ¡Yo puedo ayudarle...! ¡Joder! ¿quieren hacer el favor de apartarse?

No sin esfuerzo logró acercarse al cuerpo de Alejandro, mientras luchaba por hacer espacio a su alrededor, despejando la zona. De rodillas, gritaba mientras limpiaba los restos de vómito de su boca, comprobando al mismo tiempo el interior de la misma. Sin perder un segundo, juntó las palmas de sus manos sobre el pecho del pintor.

—Que alguien mire la hora. ¡Llamen a emergencias! ¿Hay un desfibrilador?

Comenzó el masaje cardíaco, con rítmicas y enérgicas embestidas. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Apretaba con fuerza controlada, sin signos de desmayo. Hasta treinta veces. Con sus dedos a modo de pinza en la nariz de Alejandro, acercó su boca para insuflarle por tres veces aire en los pulmones. Prosiguió con el masaje. Mientras lo hacía, el círculo de personas que les rodeaba se había abierto para cederles más espacio, al mismo tiempo se unían a él nuevos espectadores, entre los que no podían faltar los cámaras de las diferentes televisiones acreditadas, peleando por conseguir el mejor espacio para grabar la dramática escena. Un suceso de tal naturaleza ofrecía todos los ingredientes para convertir el telediario en el espacio más comentado de toda la semana y un periodista avezado, no podía dejar pasar la ocasión de retransmitir con todo lujo de detalles la inesperada y repentina conversión de un artista poco conocido, en un nuevo mito.

## 2

Se conocieron en un pequeño bar, con pretensiones de café moderno, que visitaban en la Rue de Médicis estudiantes y profesores de la Escuela Vincent de Bellas Artes. Ella acababa de matricularse y desconocía aún que ese hombre de aspecto algo descuidado y aire despistado —o quizás concentrado— que se acercaba animado a la barra mientras silbaba una melodía, sería su profesor de Teoría y Técnica de la Pintura. Él recorría los vacíos asientos de la barra y paseaba su mirada por las fotografías deportivas que adornaban las paredes con rostros de atletas ya olvidados, por las lámparas de tonos azulados que colgaban sin gracia alguna del techo o alrededor de las mesas alineadas con escrupulosidad milimétrica cuando, por fin, detuvo su contemplación sin disimulo en la mesa más alejada. Pagó precipitadamente y se bebió su café solo, de un trago. Se acercó a Selene y, dejando sus carpetas y lapiceros en la mesa de al lado tomó asiento y sin mediar palabra, comenzó a retratarla.

## 3

—Antes de nada, si queréis compartirlas, me gustaría mucho conocer vuestras motivaciones para apuntaros a esta escuela.

Se miraron unos a otros con cierto nerviosismo, esperando que alguien rompiera el hielo con las primeras palabras. Nadie parecía dispuesto a hacerlo.

—Está bien. Empezaré por contaros las mías. Mi principal objetivo es que descubráis vuestro interior. No aspiro a enseñaros a pintar, como mucho, os daré algunos consejos técnicos y aprenderéis ciertas leyes de proporción, luz, sombra y perspectiva, imprescindibles para lograr cierto avance. Os ayudarán a sacar de vosotros y vosotras lo que ya lleváis dentro.

Los miraba uno a uno, como si en el silencio reinante, pudiera ver los pensamientos, desvelados de alguna manera por la expresión de los rostros. Paseaba desde la puerta, hasta el enorme ventanal que recorría de extremo a extremo una de las paredes del aula. Al igual que el día anterior, su aspecto era descuidado. Su pelo oscuro empezaba a necesitar un buen corte o, al menos, los beneficios de un peine. Tampoco habrían sobrado un afeitado y algunos minutos de plancha para una chaqueta y unos pantalones de tela muy fina y apergaminada. Cogió con

parsimonia un tubo de plástico que descansaba sobre su mesa, sacó de su interior un póster de gran tamaño y comenzó a desenrollarlo. Lo fijó en el corcho que colgaba junto a la pizarra. Selene ya había visto alguna reproducción del cuadro en otras ocasiones. Se trataba de *El grito*, de Edvard Munch. Se volvió hacia ellos, expectante.

—Observad con atención. Quiero que me digáis lo que estáis viendo.

Un leve murmullo comenzó a oírse en la sala. Unas voces se superpusieron a otras y pronto una única voz resumió lo que la mayoría de las veinte personas que asistían a clase querían transmitirle.

—Es *El grito*, de Munch.

Alejandro se quedó mirando a la chica que había contestado y permaneció en silencio, mirando el cuadro y después a sus alumnos.

—Volved a mirarlo con atención. ¿Alguien no está de acuerdo con...?

—Sylvie —añadió ella—

—Si alguien ve algo diferente a lo que nos dice vuestra compañera Sylvie, me gustaría saberlo.

Observaron la reproducción con interés. En efecto, se trataba del impactante cuadro expresionista del pintor noruego. Al adentrarse en él, no era difícil dejarse llevar por el vértigo, como quien en el punto más alto de una montaña rusa, apreciando la violenta perspectiva que se inicia al frente, querría poder dar marcha atrás y al mismo tiempo, desea iniciar el descenso a toda velocidad, atravesando líneas y manchas de color. Un viaje cromático en el que es imposible olvidar la figura central de la escena, ese ser sufriente, desbordado por el miedo y el dolor, emitiendo un casi audible grito que parece condensar todos los terrores latentes nunca expresados. No muy alejados de él, otras dos figuras pasean tranquilas por el puente, ajenas por completo a esa potente sensación de pánico, ignorantes de subjetivas percepciones.

Todos observaron la pintura sin hacer ningún comentario. Fue Alejandro quien rompió el silencio.

—Lo que estáis mirando con tanto interés no es *El grito* de Edvard Munch.

De nuevo un murmullo creciente se dejó oír en la sala. Se oyeron incluso algunas risas burlonas. Alejandro parecía disfrutar provocando esa reacción de sorpresa.

—No puede serlo, porque *El grito* de Edvard Munch solo pudo “verlo” Edvard Munch. Ni siquiera los dos amigos que paseaban con el pintor en el instante que reproduce esta escena, se percataron del paisaje y del intenso efecto que causó en Edvard, quien permanecía detenido, temblando de miedo, sintiendo “como si un alarido infinito penetrara toda la naturaleza”. Por tanto, yo no busco que veáis lo que los libros dicen que debéis ver, o lo que se supone que debéis ver. Quiero que veáis vuestro propio “grito”, que expreséis lo que la obra os provoca de manera individual. Y lo que es más importante: quiero que en vuestras futuras obras, aprendáis a transmitir lo que sentís, sea lo que sea. Pero yo, como de costumbre, ya he hablado demasiado y vosotros seguís sin decir palabra. Contadme que esperáis de estas clases.

Muy poco a poco, Alejandro empezaba a conseguir que los alumnos ganaran cierta confianza y se atrevieran a compartir con el resto de compañeros sus motivaciones. Para el final de aquella primera clase, ya no le veían solo como a un profesor, sino más bien como al mentor que iba a ayudarles en la tarea de exponer su naturaleza artística, de revelarla al exterior. Detrás de Selene, un chico de apariencia tímida y algo frágil, planteó una cuestión interesante.

—Yo quiero encontrar ya mi propio estilo, mi propio sello inconfundible.

Alejandro le contestó de manera casi inmediata.

—No lo busques. Trabaja sin descanso. Concéntrate en expresar lo que sientes. Tu estilo aparecerá, es inevitable.

Al terminar la clase, cuando casi todos los alumnos habían abandonado ya la sala, Alejandro se acercó a Selene.

—Espera un momento por favor.

Volvió hacia su mesa para buscar su carpeta, de donde sacó una lámina.

—Es para ti. Lo he terminado. —se la tendió a Selene—

Era el retrato que le había hecho el día anterior en el bar.

—Muchas gracias —Selene lo aceptó, mirando el dibujo con una mezcla de timidez y agradecimiento—.

Él la miró satisfecho y sin dejar pasar más tiempo, lanzó la pregunta que llevaba horas circulando por su mente.

—¿Te apetece ir esta tarde al Louvre?

#### 4

Es solo un boceto, un estudio realizado con prisas y terminado de manera precipitada y a pesar de ello, demuestra el talento y la maestría de su autor. Retrata a una mujer de poco más de veinticinco años, cabello oscuro, liso, muy largo y algo rizado en las puntas. Piel de textura fina, delicada, ojos grandes, “como dos aguamarinas perfectas”, según solía él mismo decir. Mirada abierta, en apariencia sincera, pero también enigmática. Los labios parecen entreabrirse, queriendo formar una palabra. Su belleza es abrumadora. Está sentada en un solitario café, permanece expectante. Al ver la lámina, Selene recuerda siempre la primera cita, aquella tarde en el Louvre en la que supo que Alejandro no era solo un profesor de arte, sino por encima de todo, un artista. Puede que el plan que ambos ultimaron comenzara a gestarse entonces, incluso de un modo inconsciente, al mismo tiempo que su historia de amor. Es imposible separar un proceso del otro, ambos se inician y confunden por las salas del museo, mientras admiran con veneración, las obras maestras allí guardadas.

—¿Alguna vez has oído hablar del *sfumato*? —estaban frente al retrato más famoso de la historia de la pintura. Alejandro explicaba gesticulante, apasionadamente—. Es ese efecto de neblina difuminada, vaporosa, con el que Leonardo consigue que veamos el aire que circula entre los diferentes objetos. No hay contornos definidos, sino gradaciones de color, transiciones de luz a sombra apenas perceptibles. Las pinceladas están ocultas, los pigmentos se han pulverizado hasta resultar imperceptibles y convertirse casi en sensaciones de color.

Se mostraba fascinado, observando y analizando cada detalle del lienzo. Si el espacio se creaba e instalaba de un modo casi mágico en el cuadro de Da Vinci, el tiempo se dilataba y detenía en los ojos de Alejandro al admirarlo. Sin la presencia de Selene, podría haber permanecido allí durante horas. Ella, sin quererlo, rompió el hechizo.

—Me gustaría ver también a Caravaggio, aunque a lo mejor ya han cerrado.

Sonriendo, continuaron la visita y Alejandro sus explicaciones.

—Leonardo es un caso especial porque fue un renacentista, un artista total que consiguió consagrarse y aventajar a su maestro incluso antes de concluir su aprendizaje. Hay sin embargo muchos otros artistas que no han podido mostrar al mundo sus esfuerzos. Sus cuadros no cuelgan

de estas paredes y quizás de ninguna otra, sino que han quedado almacenados en estudios anónimos, sin posibilidad de ser admirados por nadie. Por desgracia, hay obras maestras que jamás conoceremos porque sus autores no tuvieron la suerte o la paciencia necesarias para darlas a conocer. En cambio, las galerías de arte y los museos se llenan de productos prescindibles.

—¿Cómo sabes que lo son? Quiero decir, ¿cómo es posible juzgar y distinguir una obra de arte, de una pintura sin valor?

Selene parecía muy interesada en profundizar en el tema iniciado por Alejandro, mostrando auténtica implicación.

—Esa es una buena pregunta Selene. Mañana en clase, recuérdame que te suba un punto la nota —bromeó Alejandro—. En serio, tus dudas han dado lugar a extensos debates. Yo lo tengo muy claro. Dejando a un lado criterios técnicos y de calidad, una obra de arte solo puede diferenciarse de un engaño apelando a la sinceridad. Debe llevar asociada alguna carga expresiva, algún sentimiento plasmado en ella por su autor. Si nada transmite, nada es.

—Puede que esté ahí y no sepamos verlo.

—Yo soy de la opinión de que aunque no sepamos descifrar con exactitud el significado de la obra de arte —ni falta que hace, por otro lado—, si existe el mensaje, se mostrará de algún modo y quedará abierto a nuestra libre interpretación.

Mientras hablaban, habían caminado hacia el exterior y se aproximaban a la pirámide acristalada, frente al palacio. La tarde otoñal daba paso ya a una noche algo fría y por momentos lluviosa. Para escapar de la lluvia, comenzaron a correr sin un rumbo claro, atravesando calles estrechas y solitarias. París se les antojaba en ese momento una ciudad olvidada, intemporal, alejada de cualquier referencia. Las escondidas y silenciosas callejuelas solo se hacían eco del sonido de sus apresurados pasos y de las crecientes gotas de lluvia que empapaban la noche. Un resguardado pórtico que abría el paso a la Plaza Saint Michel, se convirtió en un improvisado refugio y a la vez, en el mejor escenario para las confidencias. Alejandro miraba muy de cerca a Selene, buscaba las palabras adecuadas haciendo un esfuerzo por expresar sus sentimientos.

—Desde ayer he pasado horas enteras mirando tu retrato. Es como si tus rasgos se hubieran grabado en mis pupilas y fuera ya incapaz de ver nada más con claridad. Ahora esos rasgos adquieren vida frente a mí y no acabo de creer que sea cierto, temo que te desvanzcas en cualquier momento.

Acariciaba los cabellos y el rostro de ella con el dorso de su mano primero, con la palma y los dedos después. Al llegar a los labios acercó su rostro y juntó los suyos, uniéndolos en un beso lento y prolongado. Llovía con furia, como si las cortinas de agua a ambos lados del soportal quisieran envolverles y ocultarles.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo.

## 5

En las últimas obras de Alejandro Damasco, se reflejan una energía y luminosidad excepcionales. No es que el resto de su pintura sea oscura o tenebrista, pero pocos de sus primeros lienzos se rinden por completo al cromatismo vital que desprenden sus postreros trabajos. Tomemos como ejemplo “Interiores ignorados”, de su serie “Exploraciones”. Dejando a un lado la novedad en cuanto a las sobrecogedoras dimensiones del lienzo y a la forma irregular de su contorno

evocando un pedazo arrancado con brusquedad de algún inmenso puzzle, la tonalidad de sus colores y sobre todo la febril remarcación de las pinceladas, nos descubren a un Damasco apasionado hasta límites nunca antes mostrados. El tema parece también haber variado, incluso haber evolucionado. No son ya formas del todo abstractas, como en su etapa atmosférica, sino casi identificables, volúmenes y objetos en apariencia reconocibles pero que en un último instante nos dejan con la duda interpretativa en la retina. Son sugerentes psico-paisajes que recuerdan al mejor Roberto Matta. Se cree apreciar el interior de algún organismo, quizás de su corriente sanguínea o mejor, el proceso mental visto desde dentro, un conglomerado de miles de filamentos nerviosos y conexiones neuronales impregnando diferentes texturas de color. Determinadas sinapsis brillan con luminosa efervescencia, como chispazos de actividad creadora en proceso. Podría tratarse de una fascinante recreación de un modelo mental. En cualquier caso, se trata de una composición arriesgada, pero equilibrada al fin. En anotaciones fechadas en esta época, el autor hace suyas las reflexiones de W. Kandinsky: “Cada obra de arte se forma al igual que el cosmos, mediante catástrofes que conforman una sinfonía a partir del caótico estruendo de los instrumentos, para formar la música de los astros. La creación de obras de arte es la creación del mundo”. O también: “Paseando al borde del abismo para conseguir finalmente el equilibrio con un trazo final de color”.

A veces, en plena ejecución de un cuadro, mezclando en la paleta los pigmentos, el olor oleaginoso y volátil transportaba a Alejandro en la distancia y en el tiempo, y ya no estaba en su apartamento parisino, sino en el estudio de su padre en Santiago, absorbiendo con curiosos ojos infantiles cada pincelada que el viejo añadía con respiración cansada y dificultosa, sobre el enorme lienzo que a él le pareciera inacabable. Nunca lo era, por muchas dificultades que el cuadro presentara o por muy enfermo que se sintiera. En ese estudio no solo se despertó su hambre por los colores y por las sensaciones diluidas y siempre expresadas a través de un pincel, sino que aprendió el valor del esfuerzo, de la constancia y de la fe en uno mismo, la necesidad de persistir por encima de cualquier obstáculo para alcanzar el objetivo. Aprendió que todo puede conseguirse si se lucha por ello, pero también que ese camino se allana si alguien va a tu lado. Pensó en su madre, siempre animándole aunque las ventas no llegaran y las exposiciones se antojaran un sueño inalcanzable, cuando en el barrio les señalaban por la calle, cuchicheando con más burla que respeto. La recordó cuidándole hasta el último momento, luchando por no olvidar a Mario Damasco, aunque su cuerpo y su mente se pudrieran ya sin remedio, dejando solo enajenadas y crueles señales de su antigua conciencia.

Su padre le enseñó a cerrar los ojos y a ser capaz de aspirar los colores: aprendió a respirar rojos, ocres, luminosos violetas, intensos verdes; a absorber mezclas de agotados grises y a inspirar dorados despertares. Aprendió a amar los paisajes nacidos de pastosas mezclas en su paleta, más que los que la naturaleza le regalaba. Poco a poco, siguiendo su ejemplo, aprendió a existir para la pintura.

## 6

Es sabido que la posibilidad de trascender las barreras geográficas y sobre todo temporales es una motivación poderosa para muchos creadores; tener la esperanza de que la obra imaginada y concebida llegue a personas desconocidas que, aún viviendo a gran distancia e incluso en un

tiempo futuro en el que el autor ya no exista, puedan adentrarse en el universo por él imaginado. Alejandro Damasco no sentía ese deseo asociado a su obra, sino una motivación más personal. Necesitaba mostrar sus cuadros para completar el proceso creador. Algunos críticos podrían argumentar con razón que un verdadero artista no depende de ninguna ceremonia de exhibicionismo para dar sentido a su obra, que ésta existe por sí sola. Lo cierto es que Alejandro buscaba poder exponer sus cuadros, no para conseguir un beneficio económico —aunque también dependiera de él—, sino para encontrar receptores de su mensaje artístico, espectadores imprescindibles para sentir su trabajo concluido. Esa auténtica necesidad es la que tuvo que impulsarle a involucrarse a ciegas en el plan que Selene y Leonard iniciaban, sin preocuparle siquiera las verdaderas motivaciones que ellos pudieran tener. El claro cambio que comenzó a experimentar su vida al poco tiempo de conocer a Selene y a Leonard, no pasó desapercibido a los que le conocían bien. Julius Sauser, por aquel entonces profesor de pintura musical en la escuela Vincent, observó también los cambios en el comportamiento de su compañero y amigo.

—Me alegro de verte, Alejandro. Si no fuera porque coincidimos de vez en cuando en esta sala de profesores, te tendría que poner un detective para poder localizarte. El viernes pasado saliste disparado con una de tus alumnas. Supongo que recuerdas lo estricta que es la dirección de esta escuela con respecto a las relaciones con los alumnos y alumnas...

El tono de su voz no era recriminatorio, sino amigable, incluso divertido.

—Lo sé, lo sé. —Alejandro resopló, tratando de sosegar y de poner un poco de orden en los últimos acontecimientos— Fuimos al Louvre y pensamos disfrutar de algún que otro ensayo en el Auditorio.

—¡Bravo! Parece que por fin tomas en consideración mi creencia en que no hay otra cosa más parecida a la pintura que la música. Salvando las distancias, claro está. —respondió con afectación, exagerando su tono de voz mientras arqueaba sus pobladas cejas y se pellizcaba el mostacho.

—Julius, por favor, hoy no estoy de humor para tus bromas. Tienes razón, últimamente estoy dándole vueltas a ciertos temas, me siento como en otro mundo, muy alejado de las clases de la escuela, desde luego. Ando un poco distraído...

—¿Más que de costumbre?

—Julius...

—Pero ¡es cierto! Muchas veces cuando estamos juntos, me acuerdo de esa anécdota de Dalí que me comentaste una vez. ¿Cómo era exactamente?

—¿Lo de las entradas que contaba Buñuel?

—Sí eso, el hombre andaba tan despistado que hasta era incapaz de comprar unas entradas en el teatro de la calle de enfrente.

—Al parecer Lorca le pidió que cruzara la calle y comprara unas entradas para la zarzuela. Dalí tarda más de media hora y cuando vuelve, sin las entradas, le dice “No entiendo nada. No sé cómo hay que hacerlo”. Pero esa anécdota hace referencia a la incapacidad de un genio para resolver las cosas prácticas de la vida, sobre todo las relacionadas con el dinero. Yo no estoy a la altura de su genialidad; ni de su despiste.

—Tiempo al tiempo, amigo mío. Pero ya en serio, si tienes algún problema, ya sabes que puedes confiar en mí. Mañana lo redactaré y lo colgaré del tablón de anuncios de la entrada...

—Julius. No hay manera de hablar en serio contigo.

—Nunca hablo tan en serio como cuando bromeo. Ya deberías conocerme.

—No es nada grave. Supongo que estoy enamorándome.

—Enhorabuena entonces *latin lover*.

—Pero eso no es todo... Desde que conocí a Selene, andan rondándome extrañas ideas por la cabeza. —miró a Julius, como pidiendo ayuda para decidirse a contar sus preocupaciones—.

—Ideas, ¿de qué tipo? Alejandro resopló de nuevo y masajeó su frente y sus párpados con cierta ansiedad.

—No lo sé. Es como si empezara a replantearme mi carrera artística.

En ese mismo instante entraron en la sala de profesores el director de la escuela y su secretaria. Tras los correspondientes saludos Alejandro salió con rapidez en dirección al aula donde sus alumnos le esperaban, olvidando sobre la mesa de reuniones su carpeta con las listas de alumnos y el temario. A punto de entrar en clase, se percató del descuido y regresó a la sala de profesores, donde Julius le esperaba con la carpeta en la mano y una sonrisa en los labios.

—¿Qué decías del despiste daliniano?

## 7

Lo primero que todos veían al entrar en clase aquella mañana era un pequeño óleo colgado en el centro mismo de la pared frontal de la sala, justo encima de la pizarra. Se trataba de un bodegón clásico. Selene también lo miró y saludó al pasar a Alejandro, que aunque parecía muy concentrado, levantó la vista de su cuaderno de apuntes. Ambos optaron por no prolongar el contacto de sus miradas, a pesar de desearlo. Uno por uno, a petición de Alejandro, fueron levantándose de sus asientos para observar con detenimiento la pintura. Había algo familiar en ella, aunque ninguno creía haberla visto antes. Volvían a sus asientos con cierta sensación de extrañeza, como si algún detalle o alguna clara referencia, se les escapara. Su profesor les miraba en silencio, con expresión algo divertida, mientras frotaba sus despeinados cabellos. Selene pudo apreciar, como los días previos, que el aspecto general de Alejandro aquella mañana no era el de alguien muy preocupado por su apariencia física. Esto se reflejaba con claridad en varios detalles: los botones de su camisa de mangas demasiado largas abrochados en los ojales que no correspondían, cordones desatados en sus zapatillas deportivas, manchas de pintura de color naranja en sus pantalones vaqueros, barba incipiente. A pesar de todo ello, su atractivo natural no se veía afectado, sino más bien realizado.

—Este cuadro, es de una de las etapas iniciales de Kandinsky. Es muy conocido; me extraña un poco que nadie lo haya identificado...

Les hablaba mientras sonreía. Murmullos de claro desconcierto se dejaban oír en el aula.

—Quizás os ayude un poco un pequeño giro.

Alejandro se levantó despacio, se acercó a la pizarra, descolgó el cuadro y tras girarlo ciento ochenta grados volvió a colgarlo. El efecto no se hizo esperar. De pronto todo fue alboroto, risas, comentarios y exclamaciones. El desconocido bodegón había dado paso a una de las pinturas abstractas más famosas del pintor de origen ruso.

—Este pequeño cambio que ha variado de forma considerable vuestra percepción de la obra, sirvió también a su autor para descubrir que el motivo perjudicaba su pintura. En su lugar, se abrían paso formas y colores que con anterioridad no llegaban a mostrarse en plenitud. De la misma manera, vosotros tendréis que descubrir todo aquello que os limita y estorba en vuestros trabajos. Todo lo que no ayude a mostrar lo que queréis mostrar, es accesorio y dificultará la

transmisión de vuestro mensaje.

De este modo y de otros parecidos, con casos prácticos que ilustraban a la perfección sus enseñanzas, Alejandro conseguía que sus alumnos aprendieran bien una serie de pautas y conceptos que consideraba básicos.

—La clase de hoy la dedicaremos a dibujar un bodegón. Esta vez me interesa mucho menos la corrección técnica en cuanto a composición, color, equilibrio o perspectiva, que la interpretación personal que cada uno plasméis en el dibujo. Hubo un pintor holandés llamado Vincent Van Gogh que no despreciaba los conocimientos técnicos, pero tenía su propia manera de trabajar. Se felicitaba de no haber “aprendido a pintar”, en los términos estrictamente académicos pues intuía que muchos efectos y hallazgos nunca habrían visto la luz, sepultados por capas y capas de pinceladas convencionales. No se proponía reproducir la realidad, sino pintarla tal y como él la sentía. Lo que estaba sembrando, no es ni más ni menos que la semilla de lo que hoy conocemos como “Expresionismo”. Hoy dibujaremos y el próximo lunes, cada cual deberá defender su visión particular de la escena.

Terminada la clase, Selene y Alejandro esperaron a quedarse a solas.

—¿Cómo ha ido? ¿Te has aburrido mucho Selene?

—Sabes que no. Pero tenía ganas de que acabara la clase. No me gusta compartirte con tanta gente.

—Me sucede lo mismo. Tengo un plan a la vista; si te interesa el cine, claro. Esta tarde podemos disfrutar de una exposición sobre Georges Méliès. No, sin antes probar mi receta especial de canelones...

—Me apetece.

—¿Los canelones o la exposición?

—Todo.

## 8

Alejandro vivía en un pequeño *loft* en el bulevar Montparnasse, no muy lejos de la escuela, una zona exclusiva de la que podía disfrutar gracias al simbólico alquiler que le cobraba su dueño, un exitoso pintor amigo íntimo de su padre. Desde sus ventanales, Selene podía apreciar una magnífica vista de París. De pronto, la escena cedió todo su interés al interior de la estancia y ella concentró su atención en su profesor, quien extendía con ciertas dificultades un mantel sobre la enorme mesa de cristal.

—Alejandro, ¿por qué elegiste París?

Él sonrió, respondiendo con prontitud, como si le hubieran hecho la misma pregunta muchas otras veces.

—Una vez quedó claro que allá en Chile no iba a tener grandes oportunidades, París me pareció el lugar idóneo para dar a conocer mi obra. En esta ciudad se respira arte. “Acá apreciarán mi trabajo”, eso pensé...

—Deduzco por el tono de tu voz, que no ha sido así...

—Bueno, no exactamente, pero tampoco puedo quejarme. Digamos que no es como yo lo había imaginado. Ven, quiero enseñarte algo: es parte de la colección en la que sabes que estoy trabajando.

Llevándola de la mano, la condujo hasta otra amplia sala donde estaba situado su estudio. Dentro, se concentraba un fuerte olor a pintura; daba la sensación de que los colores, en disueltos pigmentos, flotaban en el aire y podían absorberse. Había desorden, porque se apilaban lienzos terminados, tubos, paletas de pintura, paños, disolventes, paletas, pinceles y otros materiales de trabajo por todas partes, pero al mismo tiempo, se apreciaba una cierta disposición de los elementos para crear espacio y cederlo alrededor del lienzo que concentraba sus esfuerzos: “Las profundidades del alma” reinaba sobre todos los demás cuadros. Atraía la mirada de un modo poderoso, casi magnético. Selene no pudo dejar de mirarlo y aunque quería comentar algo, decir cualquier cosa, expresar lo que fuera que la pintura le sugiriera, se vio incapaz de hacerlo. Se sintió algo más que impresionada. Es como si una ventana se hubiera abierto de par en par en su propio interior y una corriente de aire golpeará sus sentidos, afinándolos, despertándolos. Tratar de explicar con palabras, lo que en el óleo ya estaba dicho con formas, ángulos y colores era algo innecesario y además imposible; podría añadirse para tratar de describir la obra el siguiente dato: no se trataba de pintura abstracta, pero tampoco podían reconocerse figuras u objetos con claridad. No hacía falta: la sensación llegaba nítida al espectador, impactando de lleno en sus emociones. Selene apartó por fin la mirada, dirigiéndose a Alejandro.

—Aunque no lo hubieras titulado, se sabría que trata del alma.

Él recibió el comentario primero con aparente frialdad, tras analizarlo, sonrió con claro agradecimiento.

—Es la mejor crítica que se podría hacer. Te lo agradezco de veras, no estoy habituado a escuchar comentarios tan inteligentes sobre mi obra.

Comieron con gran apetito. Selene repitió de los canelones, para satisfacción de Alejandro.

—Me tienes que pasar la receta; están increíbles.

—El secreto es la carne. La frío con cebolla muy picada, tomate natural y algunas especias, secretamente combinadas, eso sí. Es muy fácil.

Después del postre, una deliciosa *mousse* de limón comprada en el supermercado, Alejandro se levantó a preparar café, mientras Selene paseaba curioseando distraída por la estancia. Fue de esta manera casual como ella descubrió sobre la mesilla del teléfono la carta que provocó la conversación previa a los hechos que en verdad importan. El sobre llevaba el membrete de Yvon Lambert, una importante galería de arte de París. La carta que había contenido estaba medio arrugada. Se trataba de una amable comunicación en la que, de la manera más educada posible, rechazaban la posibilidad de exponer la última colección de Alejandro. Él apareció en ese mismo instante llevando la bandeja con los cafés. Al ver a Selene con la carta todavía en la mano, ensayó una media sonrisa que no pudo ocultar su decepción.

—Es la novena negativa en dos meses. Ya estoy acostumbrado; me pasó lo mismo con otras colecciones.

—Lo siento. ¿Has expuesto antes en otras galerías?

—En alguna poco conocida, asumiendo yo la mayoría de los gastos. En fin, ... que se le va a hacer. Modigliani tuvo que morir para que sus cuadros comenzaran a cotizarse y venderse. En su entierro se negociaban los nuevos precios de sus obras junto a su tumba. Yo preferiría no esperar tanto...

Tal vez esa reflexión no fuera el detonante que incitó a Selene a plantearse lo que acabarían llevando a cabo. Lo más probable es que la idea de hacer algo similar llevara ya tiempo alojada en su mente.

—No tienes por qué esperar tanto. —le miraba tranquila, hablando con normalidad, aunque

esperaba que sus palabras provocaran en Alejandro una reacción rápida—. Quiero decir, no tenemos que esperar a que estés muerto para que el mundillo artístico crea que lo estás y empiece así a valorar tu obra como se merece.

La expresión de la cara de Alejandro, que interrumpió en ese momento el acercamiento de la taza de café a sus labios, reflejó de inmediato un gran asombro y fue variando poco a poco de la incredulidad inicial a una cierta curiosidad no disimulada.

—Selene, ¿de qué estamos hablando exactamente? No lo dirás en serio...

—Simularemos tu muerte. Necesitamos que suceda en un acto público, con gran repercusión en los medios. Y no será una muerte cualquiera, sino algo espectacular, violento, truculento... ¿Qué tal un asesinato?

## 9

La exposición sobre el cineasta francés, quedó para mejor ocasión. Empezaron a besarse con ansias más voraces que el mismo deseo, como si temieran perderse o que el momento pasara, como un pintor de atardeceres que desea capturar el instante y maldice el momento en el que la extraña y frágil luz postrera se termina hasta el día siguiente. Alejandro olvidó los últimos detalles de su conversación con Selene y concentró toda su atención en recorrer su cuerpo desnudo, acariciando y besando cada centímetro de piel, conquistando la belleza con las yemas de sus dedos y alimentándose con la pureza de sensaciones que le excitaban, y al mismo tiempo le exaltaban, hasta elevarle por encima de cualquier mortal. París, enmarcado en la plana dimensión de la ventana de su dormitorio, era una romántica postal envejecida por la agonizante luz que aún prendía sus entrelazados cuerpos; quedaba muy por debajo de ellos y en aquel preciso instante, solo era un escenario más de sus universales dominios.

## 10

Selene pagaba el alquiler de su pequeño piso compartido y sus clases de pintura, con el sueldo de su trabajo en el restaurante Les Trois Amis, del barrio de Montmartre. Era una vida cansada, entrar todos los días, excepto los domingos, a las cinco de la tarde y salir a las doce, para levantarse al día siguiente e ir a la escuela Vincent, donde intentaba aprender habilidades que muchas veces, en momentos de desánimo, pensaba que solo eran dotes innatas imposibles de adquirir. Practicaba de un modo obsesivo, completando cuadernos enteros con los trazos inseguros de sus lápices y carboncillos, ante la mirada divertida y sorprendida de su compañera de piso, Valerie.

—¿Por qué no descansas un poco antes de ir al restaurante? Cualquier día te vas a quedar dormida en la cocina mientras los clientes esperan el segundo.

Mientras hablaba, Valerie no paraba de mover su cuerpo al ritmo vertiginoso de una machacona música de baile que sonaba, como casi siempre, a un volumen excesivo, para desgracia de Selene y de los vecinos.

—Y tú ¿qué estás practicando si puede saberse?, ¿relajación?

Valerie no tardó en contestar, exhibiendo su falta de sutileza habitual, algo que, unido a su

natural vulgaridad, Selene no soportaba.

—Pero yo necesito liberar energía Sel: no me he pasado el fin de semana follando, como otras...

—Prefiero no contestarte; acabaríamos como siempre...

—Ya, ya... Vaya loba, tirándote a tu profesor; eso no he llegado a hacerlo yo ni siquiera en mis mejores tiempos. Vaya con la mosquita muerta. Pero venga, cuenta, cuenta, ¿qué tal usa su pincel nuestro Alex?

Selene la miró con resignación, sin poder disimular una expresión de pena.

—Valerie, ¿sabes una cosa?, tu adicción al sexo tiene cura. Michael Douglas creo que consiguió rehabilitarse.

—No me contestes si no quieres Sel, pero yo te digo una cosa: ándate con cuidado. Seguro que ese, con la excusa de pintarlas en bolas, se lo monta con una alumna nueva cada semana. Fijo.

Selene no perdía la calma, a pesar de lo desquiciante que le resultaba la simpleza de sus insinuaciones.

—Aunque hay casos perdidos, claro.

La cara de Valerie se transformó en una mueca muy parecida al pavor. No es que el comentario de su compañera le hubiera hecho el más mínimo efecto —era impermeable a cualquier observación que no le interesara—; pero al mirar la hora en el reloj de la descolorida pared del salón, se había iniciado un frenético ritual de preparación que Selene detestaba.

—¡Dios! Las cuatro menos veinte. No llego, no llego. Esta vez no llego ni de coña.

Sin molestarse en parar la música, que debido a la escasa calidad de la grabación y al volumen excesivo sonaba desagradable y distorsionada, como si la eructaran los altavoces de un radiocasete de desguace en la caravana de alguna feria de pueblo; comenzó a quitarse la ropa abandonando las prendas sudadas y arrugadas por todos los rincones de la casa. En pocos segundos, los calentadores adornaban ya el brazo del sofá de tres plazas en el que Selene se sentaba para trabajar en sus bocetos. La malla se extendía inerte sobre el frío suelo de terrazo, como la silueta de un cadáver en el lugar del crimen. Un tanga de colores chillones y dibujos infantiles que Selene conocía ya de haberlo recogido en los lugares más inverosímiles, quedaba enrollado sobre sí mismo a los pies de la taza del váter, frente a la ducha en la que Valerie recibía ya una lluvia de agua vaporosa, mientras destrozaba a pleno pulmón una canción de Amy Winehouse. Mientras la oía, algo inevitable dadas las reducidas dimensiones del piso y la habitual costumbre de Valerie de dejar abierta la puerta del baño en todas las ocasiones, Selene dejó por un momento el cuaderno y el lápiz sobre el sofá y comenzó a recorrer con la vista todo el desorden que le rodeaba. Nunca le había importado la escasez de espacio: salón con cocina americana —curioso nombre, jamás había visto en una película americana una cocina tan minúscula—, baño con plato de ducha y dos dormitorios con armario empotrado y espacio justo para la cama, separados por una pared tan fina, que cuando Valerie traía compañía, algo que ocurría con bastante frecuencia, a Selene le daba la impresión de estar participando sin quererlo en escandalosos y variados *menage a trois*. Lo peor no era la falta de espacio, sino el desorden y la suciedad que se extendían allá por donde Valerie pisaba.

Algo si envidiaba de ella: la perfección de su cuerpo. No dejaba de sorprenderle el hecho de que tanta vulgaridad, bien reflejada en el rostro, se adornara desde el cuello hasta los pies, con un envoltorio de proporciones tan perfectas y formas tan bellas. Lo pudo apreciar una vez más al verla salir del baño desnuda y aún mojada, corriendo para vestirse en su habitación, y disfrutando sin duda con la exhibición gratuita de su desnudez, hábito al que era tan aficionada.

Sin querer pensar por más tiempo en todo lo que tendría que ir recogiendo por la casa, terminó el sombreado del bodegón que estaba completando tras comprobar también la hora en el mismo reloj de pared que había provocado la histeria de su compañera, y que colgaba junto a un póster descolorido de Toulouse-Lautrec, cuya esquina superior derecha colgaba doblada hacia adelante, con una chincheta a punto de desprenderse. Ella no tenía prisa. Por suerte, el restaurante quedaba a solo dos manzanas del piso, sin duda, la mayor ventaja del alojamiento. Algo más lejos estaba el *loft* de Alejandro. Pensó en él y en su encuentro del día anterior. Algo muy importante estaba naciendo entre ellos dos, y no era solo una bella historia de amor. Se sentía afortunada por haber conocido a un verdadero artista, a alguien que no intentaba comportarse según los estereotipos asociados a esa profesión, como tantos otros que había conocido en la escuela, sino que existía para pintar y no podría sobrevivir sin colorear sus sentimientos sobre un lienzo. Una autenticidad así, merecía recompensa. Tanto más si imaginaba todo lo que debía haber sufrido al no haber conseguido dar a conocer su obra más que en ámbitos muy minoritarios. Estaba decidida a ayudarle.

—Me piro Sel. Los jodidos pacientes me esperan. Si yo tuviera un Picasso, te aseguro que no iba a dejarlo por ahí haciéndose *autorretratos*. No le dejes escapar, pendón.

Se fue, dejando en toda la casa el eco del consabido portazo y en Selene la determinación de buscar cuanto antes una salida hacia un futuro mejor.

## 11

Aunque habían hecho el amor hacía ya una semana, al cerrar los ojos, a Alejandro aún parecía invadirle el perfume saboreado en cada poro de piel de Selene. La experiencia había resultado más que gratificante, pero no era esa entrega física lo que había cambiado la relación entre ellos. Alejandro había comenzado a ver a Selene con ojos diferentes, desde el mismo instante en que el velo de inocencia que la cubría se había desvanecido como la niebla desaparece para dar paso a un cielo despejado. O tal vez lleno de nubes. "Simularemos tu muerte, ¿qué tal un asesinato?" Las palabras resonaban en su cabeza con la reverberación de impactos atronadores. Le costaba pensar que Selene no era tan ingenua como sugería su apariencia, o para ser más exactos, como él la había imaginado. A pesar de ello, su atracción hacia ella no solo no se había resentido, sino más bien lo contrario. Sintió como si esa nueva dimensión algo maquiavélica de su alumna acrecentara el interés de su personalidad, añadiendo matices inesperados.

La propuesta de Selene para el sábado por la mañana le había resultado muy estimulante. Se ensayaba aquel día el *Concierto n° 2 para Piano y Orquesta* de Sergei Rachmaninoff y le había parecido una buena idea acercarse al Auditorio: "¿Te apetecería acompañarme?" Le encantaba ese estilo elegante y despreocupado de ella a la hora de plantear una cita, como no queriendo comprometerle a nada. No habían hablado todavía de música, pero tampoco era una sorpresa que ella apreciara ese arte, era habitual que la sensibilidad no se circunscribiera a una sola disciplina, sino que reaccionara ante muy variadas manifestaciones. A Alejandro también le ocurría: era pintor, pero por encima de ello era un auténtico apasionado del arte y no podía evitar absorber sensaciones de cualquier obra que llegara a seducirle.

A la entrada de la sala se agolpaba un nutrido grupo de personas que, al igual que ellos, llegaban con la intención de presenciar el ensayo gratuito. Una confusa variedad de espectadores

lentos de paraguas chorreantes, abrigos y teléfonos móviles se abría paso hacia el acceso principal del recinto.

—¿Leo? ¡Eh, Leo! ¡Aquí! ¡Menuda casualidad!

Selene se mostró muy sorprendida de haber encontrado a alguien conocido.

—Alejandro, vamos, te voy a presentar a mi amigo Leonard. Parece que ha tenido la misma idea que nosotros.

Tras sortear numerosas personas que intentaban acceder a la sala, Selene llevando a Alejandro de la mano, consiguió acercarse a Leo para hacer las oportunas presentaciones:

—Alejandro, este es mi amigo Leonard. Tiene contactos muy interesantes, también en el mundo del arte. Leo, éste es Alejandro Damasco, mi profesor de pintura y un artista con genio y talento todavía por descubrir. Es una señal que nos hayamos encontrado, no puede ser simple casualidad.

Se estrecharon la mano. Leonard, de apariencia algo más joven que Alejandro, se había vestido y arreglado como si acudiera al estreno de una sinfonía. Llevaba un traje negro, camisa azul brillante, el pelo rubio, largo y arreglado, el flequillo fijado con generosas cantidades de gel. Un espectacular brillante adornaba su oreja izquierda. Su imagen contrastaba con el desastrado aspecto de Alejandro. Selene aportaba el punto intermedio, arreglada con gusto pero sin exageración. Se adentraron en el patio de butacas y Leonard, con su habitual desparpajo tomó la iniciativa.

—¿Trabajas en alguna colección interesante?

—Bueno, al menos a mí me está motivando mucho. Pero tendrán que ser otros los que juzguen...

Selene, que ya ocupaba su asiento en el centro de la fila, interrumpió las palabras de Alejandro.

—No le hagas mucho caso Leo. Alejandro, al contrario que la mayoría de los genios, es bastante modesto.

Los tres rieron con naturalidad, mientras resonaba ya en la sala una caótica conjunción de sonidos procedentes de los diferentes instrumentos, que eran afinados por los músicos que ya ocupaban el escenario. Alejandro se sorprendió una vez más al apreciar la diferencia entre la confusa mezcla de notas emitidas por instrumentos tocados por separado sin relación alguna, y la posterior armonía, sucesión melódica de acordes superpuestos y combinados al unísono bajo la batuta de un director. La conversación, mientras tanto, empezaba a fluir con agilidad, haciéndose evidente para los tres que el encuentro de Leonard con la pareja había resultado estimulante. Alejandro se mostraba verdaderamente animado, muy receptivo a la intensa personalidad del amigo de Selene.

—De verdad, Leonard, ojalá mi trabajo pueda resultar interesante para alguien, sobre todo porque para mí, cualquier obra está incompleta hasta que alguien, aparte de su autor, la contempla. Por desgracia no es nada fácil exponer.

—Bien, con ese problema espero poder ayudarte. Tengo un amigo que conoce a alguien que va a abrir una pequeña galería de arte y casualmente, me debe un favor. Están a punto de inaugurarla, por lo que no habrá problemas para encontrar fechas libres. Yo me puedo encargar de convocar a los medios en la propia galería y Selene...

En ese momento ella y Alejandro se miraron. Él habló por los dos.

—Selene tiene una idea muy especial sobre cómo conseguir atención mediática.

En ese preciso instante, el silencio sustituyó a la cacofonía instrumental. Mientras los músicos se preparaban y varios espectadores tosían de un modo al parecer contagioso, Selene se acercó al

oído de Leonard, y ante la mirada de Alejandro le resumió en voz baja su plan, mientras el primer movimiento estallaba con solemnidad en la sala.

## 12

En el negocio de la noche, no podía triunfar cualquiera. Se necesitaba ser de una madera especial para hacerse popular sabiendo, a la vez, hacerse respetar. Leonard lo había aprendido ya en Bucarest, cuando heredó el pequeño club nocturno que su hermano Marcus había sido incapaz de mantener a flote, sucumbiendo a las presiones de las redes mafiosas que pugnaban por el control de la zona. Sin previo aviso, le dejó al cargo del local para refugiarse en un miserable empleo de mecánico, explotado doce horas al día con las manos sucias de grasa, para pagarle a su jefe un lustroso Mercedes o BMW cada nuevo mes. Marcus, no era como él, le faltaba clase, le faltaba glamour. Y por encima de esas carencias, le faltaban cojones.

Su hermanito había decidido rehacer su vida, volver a ser un ciudadano respetable. Nada que objetar, a no ser que para borrar su pasado y dar por finiquitado todo el historial de denuncias y querellas acumuladas contra el “88 Stars” y contra él, no había tenido ningún reparo en colaborar con la policía dando el chivatazo sobre una importante entrega. Por suerte, Leonard tenía una extensa y bien informada red de contactos que pudo prevenirle antes de la redada. La huida a Francia fue entonces inevitable.

En París actuaba con más cuidado. Para no levantar sospechas y evitar que le relacionaran con su vida anterior, Leonard había preferido mantenerse alejado de discotecas de moda y tugurios de baja reputación, para ir introduciéndose poco a poco en el refinado mundo del arte. La droga y el dinero circulaban de igual manera o incluso en mayores cantidades, pero los controles resultaban mucho más relajados y esporádicos que en los negocios nocturnos. Pronto conoció a los mejores falsificadores de toda Europa y en pocos meses estableció una red de distribución de obras falsas que no solo vendía a coleccionistas privados y marchantes, sino que tenía capacidad para estafar a comisarios de reputados museos. Le encantaba el arte. Resultaba un negocio muy lucrativo y no era un trabajo para cualquier patán, sino para gente con gusto y con clase. Como él.

Había descubierto el mundillo por pura casualidad. Pocas semanas después de su llegada a París, Anton Medielev uno de sus proveedores de mayor confianza, le había citado en una subasta de Bonhams Paris. Verle pujando obscenas cantidades de dinero por un pequeño cuadro de Gauguin, fue para Leonard toda una revelación. Allí había negocio. Ignoraba que pudiera moverse tanto dinero en una actividad en apariencia tan noble. Encontrar el lado oscuro solo era cuestión de tiempo. Como siempre ocurría, solo había que rascar un poco para encontrar otra realidad bajo el barniz, como las obras que analizadas bajo rayos ultravioleta, muestran bajo las capas de pintura, siluetas y líneas de puntos que desvelan simples imitaciones. Así era ese negocio. Era fácil confundir un original con una copia, o con una imitación. Y era una evolución lógica traspasar la tenue línea divisoria entre imitación y falsificación. Cuestión de principios. O de visión comercial, según se mirara.

La casualidad jugaba con frecuencia una baza decisiva. Si Medielev no le hubiera citado en aquella subasta para entregarle una colección de relojes robados, quizás nunca se habría visto atraído por el mundo del coleccionismo de arte, y tampoco por el negocio de las falsificaciones. Si no hubiera estado comiendo en Les Trois Amis el día que Selene entró en el restaurante y dejó su currículum para el puesto de camarera, no la habría conocido y tampoco habría podido utilizar

su influencia para lograr que su amigo la contratara. Y sobre todo, si Selene no le hubiera presentado a Alejandro Damasco, la oportunidad de su vida se habría evaporado, como el alcohol diluye su alocada efervescencia en las venas.

### 13

Nada más entrar en la sala, buscó con la mirada a Selene, pero tan solo encontró su asiento vacío. No pudo evitar una desilusión casi infantil ante tal circunstancia. Sobreponiéndose, saludó al resto de estudiantes.

—Hace unos días pudimos compartir la solución que cada uno encontrasteis en relación al bodegón. Como recordaréis, optasteis en muchos casos por la pintura abstracta, con tendencias *naïve*, incluso cubistas y surrealistas. Esto no es malo en sí mismo, sin embargo, os recomendaría que lo evitarais, al menos de momento. Si ese es vuestro verdadero estilo, lo alcanzaréis, pero no aún. No tengáis prisa.

Les miraba uno a uno, intentando dotar a sus palabras de la emoción necesaria para que no cayeran en el olvido, para que algún día llegaran a significar algo en la mente de sus alumnos y en su futura actitud creativa. Siguió hablando concentrado en sus palabras y a la vez fascinado por el efecto luminoso que los últimos rayos del sol otoñal producían al filtrarse por las ventanas.

—Pablo Picasso, medio en broma medio en serio, solía decir que, a muy temprana edad, él era ya capaz de dibujar como el maestro Rafael, pero que necesitó toda una vida de aprendizaje para llegar a dibujar como lo hacen los niños. Con esto quiero decir que la descomposición de las figuras o su simplificación en una equivalencia abstracta, no puede ser nunca un atajo para facilitar la reproducción de la escena, sino que debe ser la expresión real de vuestros sentimientos en relación con ella. En los inicios del cubismo, los artistas que lo desarrollaron asumían riesgos enormes. Picasso sabía que estaban revolucionando la manera convencional de identificar las cosas, era consciente de que con *Las señoritas de Avignon*, estaba creando imágenes que no se aceptarían con facilidad. De hecho, dejó a un lado el lienzo tachado de disparatado y monstruoso, y no lo expuso al público hasta varios años más tarde. Pero era consciente de que “pintar es libertad” y de que “había que dar el salto, pese al riesgo de caer del lado equivocado”. Es decir, no buscaba facilitarse la tarea, ni tampoco lo contrario, sino que creaba en libertad, ajeno a las corrientes y estilos ya inventados. Tenedlo muy en cuenta. Vuestro estilo debe ser el único posible que para vosotros sea verdadero, al margen del riesgo y la aceptación, más allá del esfuerzo o la comodidad.

Al terminar su exposición de aquella tarde, sus pensamientos regresaron hacia Selene. Mientras los estudiantes concentraban su atención en el modelo masculino situado en la parte frontal de la sala, y practicaban el dibujo de la figura humana, Alejandro castigaba su mente intentando en vano adivinar por qué ella no había ido a clase, dónde estaría, cuándo volvería a verla... Prefería pensar que la última conversación que tuvieron con Leonard se les había escapado a todos un poco de las manos, y que nada de lo que se dijo tras el concierto aquel día, llegaría nunca a hacerse realidad.

### 14

Les Trois Amis era muy conocido en París como uno de los restaurantes de moda en nueva cocina creativa francesa. Sin dejar de lado las especialidades más conocidas, apostaban por platos más innovadores, en los que se ofrecían sorprendentes combinaciones que destacaban no solo al paladar, sino también por su atractiva presentación. La decoración del restaurante mezclaba también elementos clásicos, espectaculares lámparas de araña o impactantes reproducciones pictóricas de obras maestras como la *Ophelia* de Sir John Everett Millais, con otros adornos de estética modernista como velos coloreados con estampaciones de Gustav Klimt, o luces de neón aportando rompedores matices de psicodelia. Las veinticuatro mesas, ordenadas al milímetro, hacían honor al nombre del local, con reproducciones en su superficie de poemas, partituras y grabados de las tres artes homenajeadas: Poesía, Música y Pintura.

Se trataba de un lugar moderno pero a la vez bastante exclusivo. Selene era muy consciente de que no había conseguido el trabajo de camarera, en un local con tanta fama, por su experiencia. Pero también sabía que la belleza de su rostro no pasaba desapercibida. En algunos aspectos se sentía agradecida por ello y sin embargo, no en pocas ocasiones llegaba a considerar su rostro como una barrera, una bella máscara que le impedía ser vista como ella deseaba, con registros más profundos que una simple simetría afortunada. No era fácil encontrar a personas que supieran ver más allá de la mera apariencia y mucho menos que tuvieran la sensibilidad artística que Selene tanto apreciaba, sobre todo en los hombres. De hecho, Alejandro era el primer hombre heterosexual que había conocido que encajaba dentro de esa categoría. Desde que se habían encontrado, casi todos sus pensamientos le conducían a él, fluyendo como riachuelos y afluentes que corren libres pero terminan mezclándose en las aguas del mismo mar. Repasaba la cita en el Auditorio y el encuentro con Leonard, la posterior conversación con su amigo, las clases en la escuela... Era como si todo en su vida girara ya en torno a Alejandro, pero no solo con la intensidad que suele asociarse a un romance. Estaba convencida de que al encontrarse, había llegado por fin su momento. El de los dos. Ella le ayudaría a lograr el reconocimiento que merecía y él acabaría con las miserias cotidianas que le impedían desarrollar y explorar sus aptitudes artísticas.

Tan absorta caminaba en sus propios pensamientos, que la imagen de Alejandro Damasco proyectada a través de las ventanas del restaurante, le asaltó como una inesperada alucinación. Apresuró aún más sus pasos y entró en el local presa de una excitación no disimulada. Fue directamente a saludar al que, con seguridad, era el primer cliente de la tarde.

—¿Pero cómo se te ocurre venir sin avisarme?

—Y además sin tener reserva —contestó divertido, mientras la besaba con lentitud en los labios atrayéndola de la mano hacia él sin levantarse de la silla—. Con solo volver a verla, la inquietud por no haberla encontrado durante la clase de la tarde se disipó al instante.

—¡Vamos Selene, encima de que llegas tarde no te entretengas! Cámbiate de una vez.

La voz áspera del encargado llegó desde la cocina a través de una rendija abierta en la ventana acristalada que comunicaba con la barra y con el salón. Ella con expresión resignada se soltó de su mano.

—Me cambio y te atiendo.

Desapareció tras una puerta en la que la palabra "Privado" se mostraba despintada en varias de sus letras, casi ilegible. Bebió un largo sorbo directamente de la botella de Stella Artois que reinaba solitaria en su mesa, mientras recorría con la mirada cada detalle de su admirada *Ophelia*. Se concentró primero en su mano derecha, lánguida, casi inerte, casi sin vida; abandonando ya sin fuerzas para sostenerlo, un ramillete de vistosas flores: margaritas, claveles, amapolas...

Estallaban en un obscuro contraste con el colorido que el rostro exánime ya no refleja. Ya no es Ophelia. Es un cuerpo flotando en la corriente, hundiéndose en las aguas que se fugan entre un recóndito edén de abundante vegetación, de preciosas flores, de blando musgo y vigorosas plantas. Muerte y vida. Germinar, expirar. Abandonarse. Observó el rostro. Nadie podría decir que ya había muerto, como nadie podría asegurar que estaba aún viva. Hay aún brillo en sus ojos, pero de su boca entreabierta no parece escapar aliento, sino la vida entera.

—¿Vas a cenar?

Tan concentrado estaba en la observación del cuadro, que la pregunta de Selene le sobresaltó y con un movimiento torpe casi tiró la copa de cristal vacía junto a su botella de cerveza, sujetándola en el último instante. Ella sonrió, acostumbrada como estaba ya a las "desconexiones temporales" del artista.

—Perdona, ¿decías?

—¿Cenarás o te sumergirás otro poco en la pintura?

—Tomaré solo un sándwich. Vegetal, por favor. Y otra cerveza. —mientras hablaban, entró en el restaurante una chica joven, también muy atractiva. Era Marianne, otra camarera. A pesar de llegar casi veinte minutos después que Selene, Alejandro comprobó que esta vez no hubo ningún reproche por parte del encargado—.

—¿Sabías una cosa? La modelo que posó para el cuadro estuvo a punto de morir de una pulmonía. Todas las tardes, se sumergía vestida en una bañera y aunque Sir John colocaba lámparas de aceite debajo, prefería no encenderlas para provocar en la mujer una reacción más fiel a la escena desarrollada, el ahogamiento de Ophelia en el río, según lo describió Shakespeare en Hamlet. La reclamación por los gastos médicos derivados de la enfermedad, llevó al padre de la chica a una larga disputa con el pintor, hasta acordar una cantidad.

A Selene le encantaba escucharle cuando se apasionaba tanto hablando de alguna obra. No solo conocía las obras, conocía también a los artistas y las circunstancias en las que nacieron sus creaciones. Hablando de ellas, se le podía pasar el tiempo sin darse cuenta, pero por desgracia, Selene no debía distraerse: la voz amarga del encargado volvió a llegarles desde la cocina.

—Hay más clientes Selene. Tómale nota y atiende las demás mesas, por favor.

—¿Y Marianne?

—Se está cambiando, querida.

Con una mezcla de rabia y resignación se dio media vuelta en dirección a las demás mesas, mientras escuchaba las tranquilizadoras palabras de Alejandro.

—Tranquila. Esto no va a durar mucho tiempo, te lo prometo.

Ella sabía que podía aguantarlo, conocía su fuerza. No era la primera vez que soportaba injusticias e incluso presiones de todo tipo en un empleo. Ya con dieciocho años, en Eslovaquia antes de emigrar, había trabajado durante casi cuatro años como dependienta en una ferretería, sin intercambiar con su compañero, el hijo del jefe, más que los buenos días, e ignorando insinuaciones y sus continuas miradas a espaldas del padre, cargadas de sucios pensamientos, cuando no de rencor. Durante todo ese tiempo, había ido creciendo en su interior un deseo incontenible de abandonarlo todo y escapar lejos, a otra ciudad, a otro país, de encontrar una dedicación más estimulante que empaquetar arandelas y contar tornillos. Ironías del destino, había cambiado las escarpas por los *crêpes* y a un compañero acosador e incompetente, por un jefe injusto y tirano. Se desesperaba pensando que, con gran esfuerzo, lo había cambiado todo para que todo continuara casi igual. Hasta que apareció Alejandro. Entonces los sueños resurgieron, como un corazón hibernado que en la primavera vuelve débilmente a latir.

Cuando regresó de la cocina con el sándwich ya preparado, Alejandro se acercó a ella y tirando con suavidad de su mano hasta que consiguió que se agachara un poco, le susurró unas palabras al oído.

—Tenemos que hablar de la conversación que tuvimos con Leonard.

Selene se apartó con un gesto esquivo.

—Sí, debemos hablar. Pero no solo tú y yo, sino todos. Espero que no te importe que le haya dado tu número de móvil. Te va a llamar.

Lo miró con atención y no supo descifrar si Alejandro deseaba o temía esa llamada, tal vez porque él mismo tampoco lo tenía claro.

## 15

—Tú has visto su obra, has estado presente en sus clases y me aseguras que es un artista con auténtico interés. Con eso me basta. Todo lo demás, déjalo de mi cuenta.

Leonard expulsaba sus palabras con entonada convicción; mientras, como una gárgola o quimera de Notre-Dame, admiraba impassible las espectaculares vistas de la ciudad y esperaba que Selene expresara sus temores. Habían elegido para su encuentro el restaurante Georges, en el sexto piso del futurista Centre Pompidou. Junto a ellos, se sentaba Robert Maurer, el amigo de Leo que contactaría con el dueño de la galería. Selene miraba alternativamente a los dos y no parecía decidida a comenzar. Leonard intentó animarla.

—Vamos, ¿qué es lo que te preocupa?

—No lo sé, Leo. Creo que estamos presionando a Alejandro, como si tuviéramos que hacerlo porque en el fondo sabemos que él no quiere seguir adelante...

—En el fondo sabemos que sí quiere, aunque le cueste admitirlo. Si no, no estaría de camino, espero —añadió mientras consultaba la hora en su teléfono móvil—, para reunirse aquí con nosotros. Él sabe que su carrera está en un punto muerto, ha llegado a un callejón sin salida y su futuro será la docencia, y con suerte, ventas ocasionales de alguno de sus cuadros. Lo más cruel de todo es que él es consciente de que su obra merece atención y reconocimiento, pero éste no llega, ni llegará, por sus méritos, al menos, en un primer momento. Miró a Robert, quien con leves movimientos de cabeza parecía apoyar los argumentos de Leonard. No conocía a Alejandro, pero acababa de examinar su obra gracias a las fotografías en alta resolución que Selene le mostraba, con aire desconfiado, en su *smartphone*.

—Robert es de total confianza, Selene. Está al tanto de nuestros planes y va a ayudarnos. No tienes por qué preocuparte.

Robert pareció también relajarse un poco con la aclaración. Se pasó la mano por su encanecida barba de tres días, adoptando una pose interesante que a Selene le resultó estudiada en exceso. No acababa de sentirse cómoda con su presencia, sin embargo sabía por Leonard que era un prestigioso perito de obras de arte. Gracias a sus habilidades en tasación, podía conocer, tras un rápido análisis de una obra, su descripción,—técnica, época, autor, influencias,— y todo lo demás. Lo que había visto en las fotos, no le dejaba lugar a dudas.

—Este tipo es muy, muy bueno. Más que eso. Yo diría que es un elegido. Su pintura no es que transmita algo, está hablando a gritos. —hizo una larga pausa sin levantar la vista de la pequeña pantalla y cuando Leonard se disponía a intervenir aportando su punto de vista, retomó su discurso

con una seguridad que rayaba en la prepotencia— Pero eso, para su desgracia, no quiere decir nada; desde un punto de vista crematístico. Calidad no garantiza cotización.

—Exacto. —concedió Leonard— Por eso precisamente el señor Damasco necesita un impulso. —miró alternativamente a sus dos acompañantes antes de lanzar la pregunta que ya llevaba tiempo flotando en el aire— ¿Cómo vamos a hacerlo?

El camarero, un joven de rasgos árabes que desprendía elegancia y simpatía, se aproximó para tomar nota, pero en seguida su acercamiento fue interrumpido por Leonard con un movimiento enérgico de su brazo extendido, que a Selene le recordó al de los agentes de tráfico parando la circulación. Cuando no deseaba ser molestado, sobre todo si temía ser escuchado en alguna de sus frecuentes conversaciones de negocios, le gustaba dejarlo bien claro.

—Nos falta una persona. Te avisaremos.

El joven se marchó obediente, sin mostrar ni un ápice de contrariedad.

—Creo que se necesita algo impactante de verdad. Por ejemplo, simular un atentado. Nos aseguraríamos un gran revuelo mediático.

La propuesta era de Robert, que la había formulado sin demasiada entonación y con escaso entusiasmo, como quien pide un *croissant* para acompañar su café. La atropellada réplica de Leonard, descartaba ambigüedades para aclarar que no le convenía nada la idea.

—Un atentado. ¡Fabuloso! ¡Brillante! Sobre todo si estuviéramos en mitad de la plaza de San Pedro y al que revientan el pecho a balazos es al Papa. Pero piensa un poco Robert, joder, ¿quién coño va a querer atentar contra un pintor desconocido en una galería recién inaugurada? ¿Es creíble, es justificable?

El perito reaccionó con tranquilidad, con su orgullo aparentemente intacto a pesar del agresivo tono de Leonard, quien parecía nervioso e impaciente por la tardanza de Alejandro.

—Los atentados no se justifican, solo se cometen. A favor está el misterio que envolvería todo el caso, la aparente ausencia de motivos o conexiones.

Cuando ambos la miraron, Selene comprendió que esperaban que su punto de vista inclinara la balanza, o al menos que planteara alguna alternativa. Tras unos segundos de impaciente espera en los que no paró de jugar con las rizadas puntas de sus cabellos, optó por una respuesta política y salomónica.

—Creo que los dos tenéis parte de razón. —comenzó a hacer girar el posavasos como una improvisada peonza, mientras desgranaba sus argumentos— Se necesita algo impactante, desde luego, pero al mismo tiempo algo no excesivamente teatral o irreal. Descartaría por tanto un atentado, pero tal vez...

Sin haber acabado la frase, observó que los dos hombres miraban hacia el pórtico de entrada a la cafetería, por el que acababa de aparecer un sonriente, aunque algo apurado Alejandro. Avanzando entre las onduladas y vanguardistas decoraciones de aluminio, dejando atrás sillas y mesas rectilíneas de minimalista y funcional diseño, alcanzó la mesa donde le esperaban. El chiste que llevaba preparado y que soltó antes siquiera de saludarles, no fue acogido con excesivas muestras de buen humor.

—Siento el retraso. ¿Me estabais ya asesinando?

Selene esbozó una discreta sonrisa antes de juntar ligeramente sus labios con los de Alejandro. Robert permaneció impasible y Leonard mostró su disgusto sin ambages.

—Por favor siéntate y pidamos de una vez.

Selene recogió su bolso, que descansaba en la silla vacía, y lo colocó en la mesa junto a la ventana. Alejandro, después de estrechar la mano de Robert tras una poco entusiasta presentación

por parte de Leonard, se sentó en silencio, algo incómodo por la fría acogida. Los cuatro se concentraron en leer la carta, sin intentar ningún comentario. A través del hilo musical y a un volumen casi inaudible, Cyndi Lauper aceleraba con un impulso contagioso hacia el imparable estribillo de *Time after time*, pero ni siquiera la pegadiza música conseguía animar el ambiente tenso, tal vez por lo delicado del tema que debían tratar. Cuando solo a Leonard le había dado tiempo a elegir, llamó al camarero alzando su brazo y chasqueando los dedos con vulgaridad. El camarero árabe servía en esos momentos el vino a los comensales de la mesa de al lado, por lo que fue su compañera la que se acercó a atenderles.

—Buenas noches ¿Han elegido ya ustedes?

Solo Leonard contestó, sin preocuparle si los demás estaban ya listos.

—Para empezar nos traes una botella de Beaujolais. No sé si ellos quieren algún *starter*, yo voy a querer unos rollitos de primavera y de segundo el *sole meunière*, o como coño se llame.

—¿Beaujolais Crus o Beaujolais Nouveau?

—Beaujolais Nouveau —contestó Leonard en tono impaciente—

—¿Los rollitos los desea como entrante o cuando sirvamos el primer plato?

Leonard la miraba con estupefacción, como si le estuvieran preguntando la composición secreta de la piedra filosofal.

—Tráigalos cuando quiera.

—¿El *sole meunière* lo desea al zumo de limón o a la sal y pimienta?

—Lo deseo... cuanto antes.

—¿Lo traemos acompañado de guarnición de patatas o prefiere un salteado de zanahorias y...?

Con su paciencia a punto de saltar por los aires, Leonard respondió lo más controladamente que pudo, sin evitar una áspera contundencia.

—Por favor tráigalo como quiera, lo dejo a su elección. Yo seré feliz si puedo intercambiar unas palabras a solas con mis amigos.

Avergonzada, Selene cruzó su mirada con la de Alejandro y también con la de Robert. Ninguno de ellos parecía tener aún muy clara la elección y trataban de apurar su decisión ante la presencia imperturbable de la camarera, que, percibiendo su incomodidad, decidió facilitarles la tarea.

—Si les parece bien, iré trayendo el vino al señor para que puedan elegir con toda tranquilidad.

Sin dejar pasar más tiempo, Leonard retomó la conversación que habían iniciado en ausencia de Alejandro, destilando un sarcasmo que a Selene no le resultó demasiado amistoso.

—Contestando a tu pregunta, Alejandro; no, todavía no te hemos asesinado. Nos interesa también tu opinión sobre la mejor manera de hacerlo y no me refiero necesariamente a la menos dolorosa.

El pintor, no muy seguro de si se esperaba de él una sonrisa o todo lo contrario, dejó la carta sobre el mantel y optó por expresar sus sensaciones, sin preocuparse demasiado por el efecto que pudieran causar sus palabras.

—Antes de entrar en detalles, ¿estamos seguros de lo que estamos haciendo? —miró a Selene, a Leonard y a Robert, que continuaron escuchando, estos dos últimos sin ocultar cierto recelo—. Me refiero a que debemos valorar las consecuencias de organizar una farsa como ésta. No lo sé, quizás no ayude, puede que sea incluso perjudicial para mi carrera.

Buscando acercar posiciones intervino Selene, sabiendo que Alejandro la escucharía sin tanta oposición como a Leonard, en quien no confiaba demasiado y con más interés que a Robert, a quien acababa de conocer. Hablaba con vehemencia, pero también con especial cariño.

—Alex, es hora de arriesgar. ¿Cuántos años llevas intentando que tu obra destaque y consiga la atención que merece? En el peor de los casos, aunque algo salga mal, conseguirás hacer ruido, generar más interés en el mercado del que has provocado hasta el momento. Sinceramente, creo que no tienes mucho que perder.

Alejandro no quiso personalizar su respuesta en ella, sino hacerla extensiva a todo el grupo.

—Olvidáis que no solo pongo en juego mi carrera artística. ¿Y mi reputación? Tengo un trabajo estable. ¿Qué pasa con mis clases en la escuela Vincent si algo sale mal y quedo desprestigiado?

Robert recogió presto el guante e intervino por primera vez desde la llegada de Alejandro, haciendo gala, en un tono monocorde, de su falta de expresividad característica, y a la vez de su sentido práctico.

—¿Qué pasa con tus clases en la escuela Vincent si sale bien? Yo puedo responderte a eso: que no tendrás que volver a darlas. Podrás dedicarte en cuerpo y alma a tu verdadera y única pasión: pintar. Y puedo asegurarte que el mundo artístico te lo va agradecer.

Las palabras quedaron flotando en el aire en el momento en que la camarera regresaba con la botella de vino en su cubitera. Tras abrirla, pretendía ofrecer solo la medida habitual para una degustación, pero Leonard rechazó el consabido ritual.

—Llena la copa por favor; me lo bebería aunque fuera alcohol de quemar.

Esperó a que sirviera el vino y a que terminara de tomar nota a los cuatro. Solo entonces, viéndola alejarse hacia la cocina avanzando con la elegancia de una bailarina sobre el brillante e impecable suelo, reinició la conversación tras vaciar su copa con exagerada avidez, desdeñando la sinfonía de variados matices que el prestigioso caldo regalaba a su paladar.

—La decisión es muy fácil: o aceptas participar en el plan exponiendo en una nueva galería que va a ser clave en el circuito en los próximos años, o sigues exponiendo en casas culturales de pueblo. *It's up to you.*

La crudeza de sus palabras no provocó ninguna respuesta inmediata, más bien pareció alimentar el silencio. Selene observó a Alejandro mientras traían el primer plato y no pudo evitar sentir cierta angustia compartida al ponerse en su situación. Podía entender su resistencia, sus dudas. En poco más de dos semanas, su tranquila vida de profesor se había visto sacudida por un romance que aunque en un principio les había estimulado a los dos, pronto había derivado hacia un escenario bastante más arriesgado. Su intachable, pero poco exitosa carrera artística, se veía abocada a dar un giro de consecuencias imprevisibles e incontrolables. ¿Lo había provocado todo ella? Quizás el así lo creía; Selene dudaba que Alejandro fuera consciente de la verdadera implicación de Leonard en todo el asunto. Maldito Leonard. Le necesitaba y le temía por igual, desde el mismo día en que se conocieron. Desechó aquellos recuerdos mientras miraba a través de la ventana, como si la lluvia que comenzaba a danzar escurridiza por el cristal y a caer sobre la iluminada noche parisina, pudiera también lavar sus pensamientos y heridas.

Alejandro dio un paso al frente, posiblemente el más decisivo en su trayectoria reciente.

—De acuerdo. Lo haremos.

Brindaron y sonrieron todos por primera vez aquella noche.

—Solo con una condición. Yo elegiré cómo.

Leonard, sorprendido y poco acostumbrado a aceptar imposiciones por parte de nadie, no pudo disimular una mueca de desaprobación, aunque en su respuesta pareció optar por una postura mucho más condescendiente.

—De acuerdo. Morirás como tú desees. Al fin y al cabo, tú vas a hacer el papel principal en la función.

Se habló entonces del cómo y del cuándo. Se concretaron detalles. Empezaron a recorrer un peligroso sendero sin posibilidad de marcha atrás.

—Robert, llama a Alan y consigue una cita la semana que viene en la galería para preparar la exposición y concretarlo todo.

## 16

Ya no llovía cuando salieron del restaurante, aunque las nubes rosáceas del noviembre parisino amenazaban con próximas descargas, tal vez en forma de nieve. Las calles relucían como un espejo empañado, reflejando las luces anaranjadas de las farolas que acompañaban su paseo como silenciosos y congelados centinelas. Tras despedirse con resuelta concordia, Robert se había montado en la Yamaha Fazer8 que le esperaba en la Rue de Venise, estrecha callecita que desembocaba en la Plaza Georges Pompidou, mientras Leonard se alejaba con pasos rápidos y enérgicos por la Rue Beaubourg, enfundado en la gabardina que, a pesar del frío creciente, ni siquiera se había molestado en abrochar. Casi daban las doce, pero era sábado, y Alejandro y Selene habían decidido continuar la noche en los animados bares de la Bastille. La tensión de los primeros momentos de la cena, se había disipado para dar paso a una despreocupada sensación de optimismo.

—Vamos a aprovechar mi día libre para celebrar el acuerdo con Leo por todo lo alto.

Alejandro recibió la propuesta de Selene también con buen ánimo, aunque sin poder desprenderse de un punto de precaución.

—Me apetece celebrarlo, pero siento que aún debemos ser cautelosos.

Del barrio latino pasaron a Sans Sons, cuando los efluvios alcohólicos ya habían terminado con cualquier rastro de preocupación. Era una noche para disfrutar, para arrinconar malos presagios y abandonarse a la percepción de que algo muy importante iba a suceder en sus vidas, cambiando el tortuoso rumbo que hasta entonces habían seguido.

Alejandro se sintió eufórico. Solo mirar al frente y sumergirse en la preciosa profundidad oceánica de los ojos de Selene, le inundaba de una felicidad desbordante. Acercaron sus rostros, ignoraron a la gente que bebía, reía y bailaba a su alrededor, se observaron, se interpretaron, respiraron la piel del otro y abrieron sus bocas para fundir sus alientos mientras la música coreada empapaba sus besos. Como si los astros se hubieran alineado en un perfecto equilibrio cósmico, como si los mil laberintos recorridos con torpeza y desesperanza devinieran de pronto en un atajo de sencilla alegría, se creyeron absurdamente poderosos, invencibles, eternos.

De vuelta, Selene propuso enseñarle a Alejandro su apartamento. Lo planteó en un tono afectado que a él le resultó encantador.

—No vivo en un lujoso *loft* con vistas panorámicas de la ciudad de la luz, pero aun así me gustaría que conocieras mi pequeño refugio.

—¿Y tu compañera de piso?

—¿Qué?

—¿No estará?

—Y si está, ¿qué? ¿Solo quieres ir si el terreno está despejado, verdad?

Contestaba con fingido enfado, sin ocultar una deliciosa expresión llena de picardía a la que Alejandro respondió con su propia dosis de ironía.

—En realidad lo digo por ella. No me gustaría molestar.

—Tranquilo. Es sábado por la noche. No la espero hasta mañana a la hora de comer; consciente, a la de cenar.

Las carcajadas acompañaron sus pasos, apresurados por el frío y por las ganas de llegar. Avanzaban con las manos entrelazadas, como despreocupados adolescentes para los que nada a su alrededor importaba. Alcanzaron el número veintisiete de la Rue du Tulleries y tras abrir Selene el portal con un leve temblor que evidenciaba su creciente excitación, cerraron apresuradamente y en la oscuridad comenzaron a besarse con ansia desenfrenada, como si desearan devorarse mutuamente. Palparon sus cuerpos como si lo hicieran por primera o última vez, como si la negrura que los envolvía acrecentara el deseo al reconocer sus invisibles formas, compensando y saciando esa carencia visual con el resto de los sentidos.

Selene escapó traviesa de las manos de Alejandro y del febril reconocimiento que por todo su cuerpo habían iniciado, en descontrolado avance. Aunque debían subir al tercer piso, ignoró el ascensor y corrió divertida hacia las escaleras, intentando huir en la oscuridad de la persecución de su profesor. Tropezó antes de llegar al descansillo del primer piso; él la agarró por la cintura y se echó encima de ella, provocando risas y gritos histéricos que a buen seguro alarmarían a más de un vecino y entretendrían a los más curiosos, o como Selene solía definirlos, a la “KGB de la escalera”. Volvió a escapar en un descuido y siguió el ascenso hasta la puerta derecha del tercer piso. Apenas agarró la cremallera del bolso para intentar abrirla y buscar sus llaves, Alejandro la alcanzó de nuevo y antes de que volvieran a estallar las risas y los gritos, él calló su boca invadiéndola con la suya. Con sus alientos desbocados pero ya en silencio, Selene consiguió abrir la puerta mientras Alejandro besaba y mordía su cuello. Nada más abrir la puerta, antes de encender las luces, Selene supo que algo extraño les aguardaba.

Un cálido fulgor danzaba en reflejos anaranjados en las paredes. Antes de poder reaccionar, la aguda voz de Valerie llegó a sus oídos, provocando su sobresalto.

—¿Quieres cerrar esa puerta? Con la corriente se van a apagar todas las velas.

Tras cerrarla, Selene, seguida de Alejandro, avanzó despacio por el recibidor hasta alcanzar el salón. La escena que allí se encontraron les dejó literalmente boquiabiertos. La belleza de la composición era indiscutible. En otro contexto, o sin encontrarla por sorpresa, su atractivo estético les habría subyugado. Velas y candelabros de todas las clases, formas y tamaños se desperdigaban por la estancia, inundándola de una atmósfera seductora y misteriosa. Velos y telas aterciopeladas flotaban sedosos, conformando un lecho y un entorno, que envolvía a la modelo con una suave sutileza casi inmaterial. En el centro, tumbada sobre la seda y totalmente desnuda, Valerie saboreaba unas apetitosas uvas que brillaban con los llameantes reflejos de las velas, como si de un momento a otro fueran a reventar su jugo empapando su piel esplendorosa. Frente a ella, otra figura inesperada contribuyó a no rebajar el nivel de sorpresa. Alejandro y Selene reconocieron a Anthony, alumno y compañero, respectivamente, de la escuela Vincent, quien les miró con una mezcla de sorpresa y fastidio, tiró el pincel sobre la mesilla y sin mediar palabra, se puso su cazadora y salió apresuradamente del piso, dejando la puerta abierta. Valerie se levantó sin preocuparse por Anthony y tampoco por tapar su cuerpo. Con descarada naturalidad se acercó a Alejandro, quien no pudo evitar cierta turbación ante la visión de las curvas de su cuerpo privilegiado, que avanzaba al compás del movimiento de unos pechos rotundos y firmes.

—¿Es que no piensas presentarnos?

Ante el impasible silencio de una Selene sin capacidad de reacción, ella misma completó el trámite, con una mirada y una sonrisa tentadoras.

—Bueno, pues yo soy Valerie, Alejandro. Encantada.

Se acercó tanto para darle dos besos mientras le agarraba del hombro, que Alejandro no supo qué hacer con sus manos y las mantuvo separadas como si el cuerpo de Valerie manchara o quemara, incómodo y violento ante la extravagante situación creada. Fue Selene quien reaccionó, en un arrebato de furia estremecedor. Agarró la manta que cubría el sofá pisando y pateando a su paso velas y piezas de fruta, y volviéndose hacia Valerie la agarró del brazo separándola de Alejandro y tirándole la manta encima con profundo desprecio.

—¡Tápate, zorra!

Valerie rehuyó la confrontación directa, y optó por contraatacar con su habitual ironía.

—Muchas gracias Selene. Menos mal que aún quedan tías decentes como tú. Claro, supongo que venías a estas horas con tu *profe* para repasar los apuntes del viernes...

Sin decir nada más se marchó a su habitación, dejando caer la manta mientras avanzaba exhibiendo provocadora la parte trasera de su anatomía. Selene dirigió entonces su furia hacia el pintor.

—¡Y tú qué miras, joder!

Alejandro tomó aire e hizo un gesto como para comenzar a replicar algo, pero acabó desechando la idea, como si agitando su mano en el aire pudiera borrar lo sucedido en los últimos minutos.

—Creo que es mejor que me vaya. Si quieres vente a mi piso esta noche...

—Vete por favor. Ya hablaremos.

Se metió en su habitación cerrando de un portazo y Alejandro salió del piso deseando no haber entrado.

## 17

No llovía y aunque hacía frío, después de pasar diez minutos esperando un taxi Alejandro cambió de idea y empezó a andar a buen paso. Intuía que la caminata hasta Montparnasse podía resultarle beneficiosa para aclarar sus pensamientos. No había hablado con Selene sobre Leonard, a pesar de que tenía la intención de preguntarle por él. Algún freno le impedía abordar el tema, como si el temor a arruinar la noche no le hubiera permitido hacerlo.

“La noche se ha arruinado sola. Gracias a las mujeres; son una caja de sorpresas. Nunca acabas de conocer sus verdaderas motivaciones. ¿Por qué se dejan conquistar? ¿Por qué te rechazan? ¿Por qué juegan con el deseo como si el incendio que provocan a ellas nunca les quemara?”

Pasó de pensar en Valerie a centrarse en Selene, quien continuaba siendo un misterio por descubrir, y le continuaba atrayendo sin remedio, quien sabía hacia dónde. Aceleró aún más el paso, como si al cambiar de ritmo quisiera dejar atrás no solo las frías calles del centro, sino también las imaginarias rutas que avanzaban hacia lo desconocido, hacia acechantes temores tal vez no del todo infundados.

Ya eran casi las cinco de la mañana y excepto algunos grupos aislados de jóvenes que volvían a sus casas con evidente excitación étfica, rompiendo la tranquilidad reinante con sus gritos y canciones, las aceras ya solo eran el escenario abandonado de una noche agonizante a punto de expirar con los primeros rayos de sol. Bajó las empinadas calles que descendían desde el

majestuoso Sacré Coeur, para avanzar por amplias avenidas hasta alcanzar el Pont Neuf que le condujo a la otra orilla del Sena.

Al volver la esquina de la última calle estrecha que le permitiría enfilarse ya el Boulevard Raspail, estuvo a punto de pisar el cuerpo de un mendigo, un *sintecho* tumbado en mitad de la acera, envuelto en unas mantas mugrientas. Saltó para no tropezar y volviéndose hacia él se paró a mirarle con ojos de pintor, y no vio ya al mendigo, sino a uno de los campesinos pobres que tan magistralmente retratará Van Gogh. Vio el hambre, la desilusión; olió la desesperación. Midió la desesperanza acumulada y descubrió en sus ojos velados e insomnes la locura acechante tras años de interminable soledad. Hay motivos y modelos que contagian al retratista, que transmiten su fuerza poderosa hasta golpear al pintor, que no queda indemne, sino profundamente afectado, pues no de otra manera puede plasmar sobre el lienzo lo que está viendo más que implicándose hasta sentir el dolor. Así le había ocurrido al maestro holandés, que además, ya sufría en su propio interior sin necesidad de exponerse a tristezas ajenas. Miró entonces con ojos de hombre, y tuvo miedo. No sabía muy bien por qué le había asaltado esa sensación inquietante, una inseguridad cercana al pavor. Mirando a aquel vagabundo no veía a un hombre, sino tan solo el fracaso, el horror de una vida desahuciada, posibilidades creativas desperdiciadas y carcomidas por la mugre y la mierda, que le asfixiaban en el maloliente envoltorio de una manta raída. Como únicas posesiones, un carrito de supermercado con bolsas llenas de ropa vieja y restos de comida medio podrida. Como única compañía, una radio emitiendo noticias que de ningún modo podían interesarle. Representaba todo aquello a lo que nunca querría acercarse. ¿Por qué ahora se sentía tan próximo? ¿Por qué desde que Selene le había presentado a Leonard se sentía tan vulnerable?

Al llegar a su piso, sin ni siquiera quitarse la ropa y tumbado boca abajo sobre su cama, sus últimos pensamientos conscientes fueron para su padre. Recordó su constante lucha por seguir pintando, incluso cuando la salud ya escapaba de sus emponzoñados pulmones en un débil aliento entrecortado. Él había seguido trabajando hasta el final, respirando trementina y esforzándose por transmitirle la capacidad de sacrificio, el valor para avanzar siempre en cualquier circunstancia. Antes de quedarse dormido, las palabras de Mario Damasco resonaron dentro de su cabeza con pasmosa actualidad: "Los atajos siempre aparecen, pero suelen desviarte de la meta que deseas alcanzar".

## 18

Cuando Selene se despertó eran más de las doce y media y dos detalles le resultaron extraños, por poco habituales: olía a café recién hecho y no sonaba a todo volumen la escandalosa música de Valerie. Se levantó y después de pasar por el baño se dirigió a la cocina donde, para su gran sorpresa, encontró un desayuno completo recién preparado, con cruasanes a la plancha y zumo de naranja incluidos. Valerie la esperaba ya sentada a la mesa.

—Supongo que tendrás hambre, ¿no? Es casi la una. He estado a punto de convertir este desayuno en un *brunch* salvaje, añadiendo salchichas grasientas y huevos fritos, pero no estoy muy segura de que tu delicado estómago lo aprobara.

Selene la miraba con desconcierto, no muy segura de entender la actitud de su compañera de piso y sin tener demasiado claro si su aparente amabilidad no ocultaba secretas intenciones. Sobre todo tras la escena inolvidable de la noche anterior que, más que un recuerdo real, por momentos

le parecía un sueño surrealista de los que se vuelven más absurdos cuanto más despierto estás.

—No me mires así, pectorra. Este desayuno es solo mi manera de decir “lo siento”. Soy demasiado orgullosa para arrastrarme de otra manera.

A pesar de las palabras de Valerie, Selene mantuvo un tono de evidente frialdad.

—¿De qué conoces a Anthony? No creo habértelo presentado.

—No sé si recuerdas que aunque solo sea en el Facebook, seguimos siendo amigas. Supongo que igual que a ti, me pareció interesante relacionarme con un aprendiz de artista...

—¿Relacionarte, o tirártelo? —añadió Selene con sarcástica afectación—.

—Lo siento Selene, yo soy más terrenal. Al contrario que tú, intento hacer cosas excitantes, cosas que ya no pueda hacer cuando tenga ochenta años.

—Yo hago cosas, sobre todo las relacionadas con el arte, para las que a ti creo que te falta capacidad.

Valerie tardó en contestar, con el desconcierto dibujado en su rostro.

—¿Capacidad para qué? ¿Para aburrirme?

Selene contestó con rapidez, como si ya esperara esa reacción de incompreensión.

—No, capacidad de sentir. No todo el mundo la tiene.

Hubo un tenso silencio en el que cada una parecía evaluar todo lo dicho por la otra parte. Aunque ninguna de las dos se mostraba muy dispuesta a enterrar el hacha de guerra, fue Valerie la que de forma inesperada intentó de nuevo la reconciliación.

—Se te va a quedar frío el café. ¿Por qué no olvidamos lo de anoche? Te juro que no pensé que fueras a venir acompañada. ¿Cómo se te ocurrió traerle a esta pocilga?

Selene permaneció un rato pensativa, quizás repasando lo ocurrido la noche anterior, o tal vez decidiendo si desayunar. Al final, optó por sentarse.

—Surgió, y ya está. Tampoco hay que darle demasiadas vueltas. Como comprenderás, yo tampoco podía imaginarme la escena que nos encontramos. Pero dejémoslo; te agradezco el desayuno...

—No lo hagas y cómetelo. Es la mejor manera de hacerlo.

Selene comenzó a devorar los cruasanes con fruición, como si no hubiera probado bocado durante semanas. Mientras lo hacía, Valerie inició el ritual de liar el cigarrillo, que minutos después encendió, a pesar de conocer bien cuánto le molestaba a Selene ese hábito, sobre todo durante las comidas.

—Bueno, ¿y qué tal os va?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? Pues a ti y a tu querido profesor.

—Nos va bien. Llevamos poco tiempo, nos estamos conociendo...

—Oye Sel, no tienes que contestarme si no quieres. No te pregunto para que me pongas al día de todo como si fuera tu madre. ¿Qué crees, que ahora te voy a preguntar si ya habéis tenido relaciones? —se rió ella sola, como si le hubieran acabado de contar un chiste de lo más ingenioso— Es solo que, no sé... Se os ve bien, pero también te noto algo preocupada, como distante, rara, yo qué sé. Si quieres compartir algo, ya sabes, yo solo lo publicaré en mi muro para que lo vean mis dos mil doscientos veinticuatro amigos, nada más.

Guiñó el ojo en un gesto cómplice que intentaba relajar el ambiente, todavía tenso y poco propicio para las confidencias.

—¿Ese tío tiene pasta? Quiero decir, ¿es un artista cotizado o es otro muerto de hambre?

Selene la miró con expresión paciente, dudando si contestarle o cambiar de tema. Después de

fijar su mirada durante casi un minuto en el póster del Cirque du Soleil que adornaba la cocina junto a la nevera, optó por contestar, cuando Valerie ya no lo esperaba.

—Alejandro es un genio; independientemente de lo que alguien llegue a pagar por sus cuadros.

Valerie expelió el humo en un gesto ensayado y muy poco convincente.

—Entonces, si además de un buen polvo puede haber plata por medio, no lo dejes escapar. Y escucha mi consejo: ni se te ocurra volver a traerle a este jodido agujero.

## 19

El sonido del teléfono móvil rescató a Alejandro de los intensos y vívidos sueños en los que había estado sumergido durante gran parte de la noche. Comenzó a identificar la melodía, el coro de los esclavos hebreos de la ópera *Nabucco* de Giuseppe Verdi, bastantes segundos después de creerse el protagonista de una aventura épica cuyo argumento solo comenzó a diluirse, cuando las vibraciones del teléfono en su bolsillo se hicieron tan insistentes como para devolverle poco a poco a la consciencia. Tratando de proteger los ojos aún entrecerrados del chorro luminoso que prendía la estancia inundándola de colorido y calidez, de realidad; trató de identificar al responsable de interrumpir tan estimulantes ensoñaciones. Era un número desconocido, lo cual, lejos de empujarle a no contestar la llamada, consiguió excitar su curiosidad. Carraspeó varias veces antes de contestar con una voz que estaba muy lejos de la claridad que hubiera deseado.

—¿Diga?

—¿Alejandro?

—Sí, soy yo.

—Leonard.

Durante unos segundos, llegó a considerar la posibilidad de colgar.

—Hola Leonard, ¿cómo estás?

—Hay cambio de planes. No quedaremos en la galería. Vamos los tres a tu estudio. Alan quiere ver las obras y seleccionar las que irán a la exposición.

Era una idea repleta de lógica, ¿cómo se podía organizar una exposición sin haber visto y seleccionado previamente las obras originales? Sin embargo, lo razonable de la propuesta no bastaba para mitigar su creciente inquietud. Mintió lo mejor que supo, con un entusiasmo fingido que a él mismo le sorprendió por su naturalidad.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo os espero?

—Tiene que ser esta misma mañana. Si queremos exponer cuanto antes, no hay tiempo que perder. Además tenemos que concretar muchos detalles...

Dejó la última frase en el aire y Alejandro la escuchó sin poder reprimir un desagradable escalofrío.

—Entonces, ¿qué te parece a eso de las doce?

No hubo respuesta al otro lado del móvil, pero en cambio sonó el telefonillo con estrépito. Alejandro se dirigió a atenderlo mientras seguía intentando obtener una respuesta de Leonard. Ésta, para su sorpresa, llegó al descolgar el auricular.

—¿Nos abres? Ya sabes, pasábamos por aquí...

La inesperada y no del todo deseada visita dejó a Alejandro bloqueado durante unos incómodos segundos, sin acertar siquiera a apretar el botón que abriría el portal a los tres

hombres —Leonard, Robert y Alan—, que a juzgar por la imagen de la pequeña pantalla de circuito interno, comenzaban a mostrar signos de impaciencia. Al percatarse de que solo Selene podía haber informado a Leonard de su dirección, volvió a sentir la necesidad creciente de una larga conversación con su novia.

—¿Piensas abrirnos o vas a bajar los cuadros al portal para que los veamos?

La voz de Leonard resonó áspera e irritada.

—Disculpad.

Un chasquido eléctrico les indicó que podían por fin empujar la puerta. Alejandro revisó sus ropas arrugadas y miró a su alrededor, intentando determinar si el desorden generalizado era aceptable o más bien, vergonzoso. Aunque la sensación le acercaba más a este último estado, de inmediato llegó a la conclusión de que no había tiempo para nada, siquiera para abrir de par en par las ventanas y ventilar un poco la estancia. Medio minuto después, sonó el timbre de la puerta. Nada más abrirla, Leonard entró como una exhalación, como si llegara a su propia casa, sin molestarse siquiera en saludar o darle la mano a su anfitrión. Robert se comportó con bastante más cortesía y además de estrechar la mano de Alejandro, le presentó a Alan.

—Alejandro; Alan Mittard, director de la nueva galería Echoes. Alan, Alejandro Damasco: un diamante en bruto para dar brillo a tu inauguración.

—Encantado. Me han hablado maravillas de tu obra. —lo dijo mientras señalaba los cuadros que rodeaban todo el espacioso *loft*.

—Gracias por venir. Y por considerar mi obra.

Leonard intervino, pero solo lo hizo para quejarse.

—¿Puedes cerrar las ventanas o por lo menos la puerta, Alex? Esta corriente helada va a acabar conmigo.

—Perdonad. ¿Os apetece un té o un café?

Solo Leonard aceptó la invitación, aunque en sus propios términos.

—Si tienes un whisky solo, me vendría de puta madre.

Sin perder más tiempo, Robert sacó su cámara digital y comenzó a fotografiar los cuadros, mientras Alan los observaba algo más retirado, con una actitud a medio camino entre el asombro y la veneración. Leonard se sentó en uno de los dos sillones blancos de asiento circular, tras haber dejado en el suelo la ropa arrugada que lo ocupaba. Cuando Alejandro le trajo el whisky, aprovechó para comentarle algunos aspectos interesantes sobre Robert.

—Ahí donde le ves, este cabrón es un experto. Trabajó durante años en un laboratorio, analizando cada pigmento de obras antiquísimas con microscopios, rayos infrarrojos, y todas esas zarandajas tecnológicas.

Alejandro sabía de lo que Leonard le estaba hablando. Leyendo algunos artículos en revistas de arte, se había enterado de que para verificar la autenticidad de pinturas antiguas, éstas solían analizarse con microscopios estereoscópicos y utilizando técnicas basadas en reflectología infrarroja, espectroscopia y luz de Wood, un haz ultravioleta que permite reconocer diferentes sustancias fosforescentes.

—Luego —continuó Leonard hablándole de Robert—, además de experto se hizo listo y empezó a valorar las pinturas en términos digamos más... crematísticos. Vamos, que aprendió lo importante: a saber la pasta que puede haber detrás de cada cuadro.

Robert se mostraba ajeno a los comentarios, concentrado en fotografiar cada una de las pinturas. Alan, mientras tanto, paseaba por la estancia y se mostraba fascinado.

—Especialmente esta serie... es fabulosa.

—*Las profundidades del alma*. Llevo trabajando en ella desde hace dos años. *Exploraciones I, II, III y IV* son variaciones y también trabajo ahora en *Interiores Ignorados*. Es todo una misma serie, va evolucionando pero aún no he conseguido agotarla. Me está vaciando por dentro. Es como un volcán de sensaciones que entró en erupción y no se apaga.

—Que no lo haga. Lo que escupe es puro arte. Hace años que no veía algo así. Hay pinceladas que recuerdan al mejor Van Gogh, me transportan a su *Noche estrellada*.

Robert intervino por primera vez desde que había formalizado las presentaciones.

—¿La *Noche estrellada*? Si no me equivoco parte de ese paisaje lo veía antes del amanecer, desde su ventana, recluido en el sanatorio mental de Saint Rémy. El cuadro lo pintó de día, de memoria, pocos meses antes de suicidarse y más loco que una regadera.

—Sí, es cierto, pero sus pinceladas nunca fueron tan magistrales. Están llenas de energía, de pasión. Se pueden apreciar los gruesos pegotes de pintura, hasta los surcos pigmentados rebosantes de sentimiento, aunque fueran llamadas de auxilio. Está impregnado de algo auténtico. Es como si las estrellas se incendiaran y ardieran en el mismo lienzo cada vez que lo contemplamos. Es algo casi eléctrico. Aquí veo, por momentos, algo parecido.

Alejandro respondió con un comentario de intenciones mucho más humorísticas que críticas.

—Yo creo que aún no estoy tan desesperado como el bueno de Vincent.

—No, por supuesto que no. No estoy hablando de locura, sino de sinceridad, de honestidad. De genialidad.

Hablaba con un intenso y contagioso entusiasmo, cercano a la euforia. Se acercó entonces a cada una de las pinturas y con la ayuda de una cinta métrica, apuntó en un pequeño cuaderno las dimensiones de los cuadros. Sacando de su bolsillo una pequeña grabadora digital, comenzó a leer en voz alta los títulos de los cuadros que más le habían llamado la atención, acercándose a los cartelitos que Alejandro había sujetado junto a cada una de las pinturas. Se le notaba impresionado, casi podría decirse que extasiado. Terminadas sus grabaciones, no pudo reprimir un comentario que no a todos los presentes pareció causarles el mismo efecto.

—Estas obras están llamadas a triunfar. Lo presiento. Triunfarían incluso sin nuestra intervención.

Alejandro sonrió con genuina satisfacción, mientras Robert, dada ya por terminada su sesión fotográfica, se mostraba serio e impassible. Leonard, en cambio, reaccionó con prontitud, sin ocultar su enojo.

—Puede ser. Y con suerte, solo tendremos que esperar cincuenta años para que comiencen a cotizarse decentemente. —apuró el whisky con gesto contrariado— Por favor, Alan, ya lo hemos discutido. Nadie pone en duda la calidad de estos cuadros, pero no se trata de eso, joder. Lo que vamos a hacer es jugar a lo seguro, apostar a caballo ganador. Yo no pienso esperar a que un iluminado publique una buena crítica en *NY Arts* y a que las ovejas empiecen entonces a seguir nuestra senda. Somos nosotros mismos los que vamos a reventar el mercado creando un fenómeno de masas de la noche a la mañana. El impacto de lo que ocurra en la inauguración tiene que ser de tal calibre, que no haya periódico ni televisión en el mundo que en las horas siguientes no hable de Alejandro Damasco.

Alejandro miraba uno a uno a los tres hombres, sintiéndose extraño y ajeno a una conversación, que paradójicamente, le tenía a él como gran protagonista. Observó cómo, de pronto, Leonard pareció cansarse de la conversación y abriendo su maletín de cuero, extrajo un documento de varias hojas impresas y grapadas. Lo dejó encima de la mesa de aluminio con aire de suficiencia y acto seguido se acercó a la ventana, donde permaneció observando la vista con

apariencia despreocupada. Minutos después, habló con un tono firme pero a la vez desprovisto de emoción y sin dejar de mirar en ningún momento al exterior.

—Alex, cuando quieras, le echas un vistazo y lo firmas.

Alejandro se acercó dubitativo a la mesa y fue un gesto de Alan enarcando sus cejas el que le animó a sentarse y leer el contrato. Echoes se aseguraba un cincuenta por ciento sobre el precio de venta de cada cuadro. Las ventas las realizaría le galería y deduciría su comisión del importe a liquidar al artista. La galería se encargaría de asegurar las obras y asumiría la responsabilidad en caso de daños, sustracciones o pérdidas. También se haría cargo del transporte y de los gastos derivados de montar la exposición, incluida la necesaria promoción. Así mismo, Echoes debería informar al artista tanto de las reservas de las obras, ventas acordadas, ventas producidas y ventas liquidadas; como de aspectos técnicos relacionados con el montaje de la exposición y de cualquier incidencia que pudiera afectar al artista, a su imagen o a la obra objeto del contrato. Había muchos otros aspectos que Alejandro solo leyó por encima o que ignoró sin más. Consideró lo improbable que hubiera resultado encontrar una oportunidad así antes de llegar a Francia o incluso en lo improbable de que ya en París, una ocasión como esa volviera a presentarse. Pensó en su padre. Pensó en el esfuerzo y en el éxito. En su país, demorarse en exceso en la lectura de un contrato, podía interpretarse como un signo de desconfianza. No estaban en Chile, pero, igualmente lo firmó sin más dilación.

Leonard, que de reojo había podido contemplar los movimientos del bolígrafo deslizándose sobre el papel, se sentó frente a Alejandro. Sin mediar palabra, sacó del bolsillo de su cazadora una bolsita de plástico transparente. Dejó caer un pequeño montoncito de cocaína y con rápidos golpecitos de una tarjeta de crédito que sacó de su cartera, la estuvo alineando durante un par de minutos. Sacó también del bolsillo un billete de quinientos euros en forma de canutillo.

—Esta alianza merece una celebración —lo dijo mientras tiraba la bolsita al centro de la mesa y extendía la palma de su mano en un gesto de invitación a todos los presentes—.

Sonrió y esnifó la raya en un fugaz movimiento dirigido con precisión. Visto y no visto. Sacudió la cabeza con satisfacción.

—Muy bien Alex. Ahora me encantaría saber si ya has decidido cómo quieres palmarla.

## 20

Alejandro llevaba más de veinte minutos esperando a Selene en la sala número 5 del Pompidou. Por suerte, la llegada de las vacaciones de Navidad, iba a facilitar mucho sus encuentros al margen de la academia y también ayudaría a la preparación de la exposición en Echoes. Los días anteriores, con las clases y las largas jornadas de trabajo en Les Trois Amis, había sido casi imposible poder tener una charla a solas. Podrían haber hablado por teléfono, pero Alejandro prefería el cara a cara para las conversaciones importantes, siempre que esto fuera posible. Mientras esperaba, sentado en uno de los bancos de la parte central de la sala, no pudo evitar escuchar los comentarios sobre un cuadro, entre dos desconocidos.

—Eso lo hace mejor mi hermanito pequeño, y tiene tres años.

—La verdad es que parece una tomadura de pelo. Son cuatro rayajos de color. Mira el título: *Paisaje con pinos tras la niebla bajo las cumbres nevadas*. ¿Dónde está el paisaje? ¿Y los pinos? ¿Dónde están las cumbres nevadas, y la niebla?

—A lo mejor es que no se ve nada por culpa de la niebla.

Los dos chicos estallaron en carcajadas que rebotaron descaradas en el aséptico silencio de las salas, casi despobladas a esa temprana hora de la tarde. Su diversión no había terminado aún; continuaba al detenerse frente al cuadro contiguo.

—Pues este otro... No tiene siquiera imaginación para ponerle un título, fíjate: *Untitled*. Y además no se ha esforzado mucho, que digamos. Míralo: tres puntos de colores y un fondo casi todo blanco. Eso también lo hago yo.

—Pues hazlo.

No pudo contenerse. Su voz sonó grave y poco amigable. No era la primera vez que era testigo de reacciones similares ante las obras de algún reputado museo. En esta ocasión eran dos chavales muy jóvenes, tal vez con escasa formación. Sin embargo, comentarios muy similares eran expresados con mucha frecuencia por personas adultas, con preparación y cultura. Los chicos le miraron con cierto temor, tal vez dudando si salir huyendo del hombre que se les había acercado con inciertas intenciones o si escuchar lo que parecía dispuesto a decirles. Alejandro aprovechó su indecisión para, aún siendo consciente de la esterilidad de su esfuerzo, desahogar sus pensamientos.

—Hablar es fácil. Es muchísimo más fácil que crear. Quizás no podáis entenderlo hasta que intentéis crear algo por vosotros mismos. Hay una brecha inmensa, un abismo que separa a quienes crean y a quienes solo juzgan lo que aquellos han engendrado. En cualquier caso, el arte no debe explicarse y ni siquiera debe entenderse. El arte solo debe sentirse. Mirad los cuadros y no pretendáis entender nada, ni ver nada, ni descifrar ninguna forma ni secretos mensajes. Tan solo intentad sentir algo, percibir algo.

Los dos chicos le observaban con sorpresa y cierta expresión de temor. Se miraron y sin comentar nada, se alejaron en el preciso instante en que Selene aparecía por la puerta lateral de la sala, aprovechando que Alejandro había dejado de mirarlos. Ella avanzaba casi a la carrera y sonreía, juntando las palmas de sus manos en un gesto de disculpa por su prolongado retraso. Su gabardina abierta ondeaba con su paso apresurado.

—*Sorry!* Ha habido una avería en el metro y he estado más de media hora esperando en el andén. Aún si no existiera una razón para el retraso, su encantadora sonrisa conseguía diluir en segundos cualquier expresión de enfado.

—Te invito a un café para compensarte el plantón.

En el café Mezzanine del propio museo, se sentaron junto a la barra y pidieron sendos *espresso*. Fue Selene quien tomó la iniciativa, una vez que el camarero les sirvió las tazas rebosantes de crema espumosa y se alejó con discreción.

—Antes de que digas nada, te debo una disculpa. Más de una. Le di tu dirección a Leonard, lo que me imagino que ya habrás deducido si fue a verte.

—Vino ayer, acompañado de Robert y de Alan, el director de la galería.

—¿Cómo fue?

—Firmé el contrato.

Su cara se iluminó, no con sorpresa, pero sí con sincera alegría. Le dio un cariñoso beso en los labios. Alejandro no se mostraba demasiado satisfecho, ni siquiera relajado.

—Selene, me gustaría que me contestaras a una pregunta, y que fueras sincera conmigo.

—Sé lo que vas a preguntarme...

—¿Confías en Leonard?

—En la respuesta que te voy a dar está la otra disculpa que quería ofrecerte. No te lo he

contado todo sobre Leonard. ¿Si confío en él? La respuesta verdadera es que siento más temor que confianza. El día que entré en el restaurante Les Trois Amis para dejar mi currículum, él estaba sentado en una de las mesas, aunque yo aún no le conocía. Luego supe que mi jefe y él se conocían: comparten algunos negocios. Y sé que si me dieron el trabajo, fue gracias a él.

—¿A qué clase de negocios te refieres?

—No estoy segura y la verdad, no sé si quiero saberlo.

—No me tranquilizas mucho, la verdad. ¿Crees de verdad que es buena idea hacer tratos con él?

—Es la única manera de que puedas exponer en Echoes. Tenemos que arriesgarnos, Alex. En el momento en que seas conocido ya podrás moverte solo. No le necesitarás más.

—¿Y tú? ¿Tu trabajo en el restaurante?

—¿Crees de verdad que me gusta hacerlo? Si todo sale como es de esperar, no volveré a pisarlo en mi vida.

Tras una pausa en la que cada uno de ellos pensó que el otro añadiría algo más, fue Selene quien profundizó en sus argumentos.

—Piénsalo de este modo: si Leonard se ha involucrado en esto es porque ha visto que hay negocio. ¿O qué crees, que su interés en tu obra es solo artístico? Gracias a sus contactos podemos acceder a una galería que en pocos meses va ser de las más importantes en el circuito internacional. Con tan solo un poco de atención mediática, serás mundialmente conocido en muy poco tiempo. ¿Qué hay de malo en ello?

Alejandro en lugar de responder, planteó otra pregunta.

—¿No piensas que es una manera de actuar no demasiado ética?

—Lo que creo es que, a veces, el fin justifica los medios. Y de lo que estoy convencida, es de que tu obra se merece algo más que lo que has recibido hasta ahora.

Alejandro la miraba y aún queriendo rebatir sus palabras, se veía incapaz de hacerlo. Solo mirando sus ojos, buceaba en profundidades tranquilas que anestesiaban cualquier inquietud y le inundaban de esperanzas. Él se abandonaba sin mostrar resistencia. Su yo racional le enviaba claros signos de advertencia, pero su parte más visceral se dejaba llevar por un mágico torbellino que engullía sin más sus temores. La cálida dulzura del saxo de Kenny G escapando sinuosamente de los altavoces, subrayaba ese momento especial en el que observando y admirando a Selene, se sentía dispuesto a seguirla a cualquier parte. La música y el encanto quedaron interrumpidos por la información de megafonía relativa a las exposiciones temporales que podían visitarse en la planta segunda del museo. Alejandro escapó de su ensimismamiento y se fijó por primera vez en los cuadros expuestos en la cafetería. Artistas noveles con pocos recursos podían solicitar el permiso para exhibir su obra y darla así a conocer. Durante ese mes, una colección de composiciones hechas a base de monedas de diferentes países, adornaba las paredes. Quizás por una asociación de ideas bastante simple, Alejandro comentó a Selene su actitud ante su propia obra.

—¿Sabes algo, Selene? Yo nunca he pintado por dinero.

—No tienes que decírmelo. Lo sabría con solo mirar cualquiera de tus cuadros. Pero también sé que vives para pintar. Por mucho que te guste dar clases, cada hora que lo haces son pinceladas que no estás dando y cuadros que no estás terminando. Son sentimientos que no están fluyendo, embotellados y estancados en tu interior. Darte a conocer te permitirá liberarte y vivir de la única manera que sabes hacerlo.

Cada nueva presión en el pecho de Alejandro era un intento aún más desesperado por recuperar sus latidos. Mireia no desfallecía por completo, pero mostraba ya claros signos de agotamiento y desánimo. A su alrededor permanecían agolpados muchos de los asistentes al acto, sin embargo su actitud había pasado de un desordenado nerviosismo cercano a la histeria, a un hierático fatalismo, como si empezaran a asumir en quietud y silencio, lo que parecía inevitable.

En Les Trois Amis, Selene acababa de cambiar el canal y aprovechaba la ausencia de clientes en el restaurante, para ver las noticias en la CNN International. Un titular de “BREAKING NEWS” acompañaba las imágenes que a pesar de acrecentar su nerviosismo, le provocaron una inevitable, aunque bien disimulada satisfacción: “INAUGURACIÓN MORTAL EN PARÍS: PINTOR EN ESTADO CRÍTICO”. Los intentos de reanimación continuaban mientras Alejandro permanecía inmóvil, inconsciente, con su rostro ceniciento y la mirada hueca, ocupando impactante la parte central de la pantalla.

La noticia, favorecida por la llamativa escabrosidad de una posible muerte en directo, había saltado ya a las ediciones digitales de todos los periódicos. Selene estaba convencida de que el nombre de Alejandro Damasco se reproducía ya en millones de titulares y viajaba a todos los rincones del globo conectado, para alimentar a las audiencias ávidas de emoción, sorpresa y morbo. Poco importaba ya en qué momento se acabara descubriendo que el colapso del pintor era solo pasajero. Según Leonard, la “resurrección” —que también generaría nuevos titulares— comenzaría en poco más de media hora, cuando la noticia se habría hecho ya un hueco en las pantallas de millones de ciudadanos. Esa era la idea y todo parecía estar sucediendo según lo planeado.

La ketamina es un agente anestésico de acción rápida y corta duración. Produce un estado cataléptico muy parecido a la muerte. Según Leonard le había confesado, lo más difícil de todo fue conseguir la sustancia, valiéndose de algunos contactos en el Institut Curie. Por lo demás, se trataba de la solución perfecta. Podía tomarse por vía oral y no existían riesgos reseñables para la salud ni tampoco quedaban restos fácilmente detectables.

Llegaron dos parejas que tenían reservada la mesa de la esquina junto a la ventana, la más alejada de la pantalla de televisión. Al pasar cerca de ella, comentaron las imágenes sin sonido sin llegar a formarse una idea clara de lo que estaba ocurriendo. A Selene le pareció escuchar algún comentario relacionado con la noticia, pero sus expresiones de curiosidad solo duraron el tiempo que tardó ella en acercarse para recibirles y acompañarles a su mesa, como si el impacto producido por la escena hubiera resbalado en sus retinas sin llegar a instalarse en sus pensamientos, dedicados ya a la proximidad de la cena. Servirles le sirvió para distraerse, aunque no podía dejar de pensar en lo que estaría ocurriendo en Echoes. Miraba de manera casi furtiva, queriendo y no queriendo ver al mismo tiempo. Queriendo y no queriendo saber. Deseaba que todo terminara cuanto antes, como se espera en el teatro la caída del telón para liberar toda la tensión acumulada durante la representación.

Cuando Selene regresó de la cocina con el primer plato, la pantalla ya no mostraba imágenes de la galería, sino un partido de tenis entre Nadal y Djokovic.

—La gente viene aquí a relajarse, no a estresarse un poco más.

Enric, el encargado, la miró con enfado mientras dejaba con brusquedad el mando a distancia

encima de la barra.

Durante el resto de la noche, Selene, realizó su trabajo como una autómata. Cada vez que, de camino a la cocina, veía el cuadro de Ofelia, recordaba a Alejandro comiendo allí mismo, en la mesa que ahora permanecía vacía, hablando con pasión de la pintura y de su autor. Imaginó que en las frías aguas del río ya no flotaba el cuerpo inerte y pálido de la mujer. La corriente arrastraba ahora el talento y el esfuerzo, el sacrificio, la honestidad y el sufrimiento de un pintor. Dejaba un remolino de abandono y renuncia, además de un vacío de sinceridad imposible de volver a llenar. A la deriva el cuerpo de Alejandro, su rostro estático y resquebrajado en capas de pintura agrietada, exhibiendo la misma mirada amarillenta, sin brillo y sin alma, que mostraban con aséptica crudeza las imágenes de la CNN. De la comisura de sus labios ennegrecidos resbalaban serpientes vivas, un podrido vómito de corrupción.

## 22

La autopsia de Alejandro Damasco no reveló restos de ketamina. En cambio, sí que se detectó una elevada cantidad de insulina —inyectada dos horas antes del colapso—, aún no disuelta en la sangre, gracias a la inmediatez del análisis. A pesar de los intentos de reanimación en la galería y posteriormente en el hospital Saint-Antoine, fue imposible hacer nada para evitar la muerte, tras el infarto de miocardio provocado por un *shock* hipoglucémico.

Seis meses después del fatal desenlace, Selene seguía teniendo pesadillas frecuentes con el único argumento de la terrible muerte de Alejandro. Lo peor, sin duda, además del dolor y la tristeza, era el sentimiento de culpa, apenas mitigado por su plena colaboración con la policía gala. Poco o nada le consolaba saber que gracias a su confesión, Leonard Marescu había sido detenido en Suiza acusado del asesinato del artista, cuando intentaba vender por dos millones de dólares la serie *Las profundidades del alma*, a una fundación artística norteamericana. Sí le quedaba, en cambio, la satisfacción de saber que esa fundación había decidido mantener su interés y comprar a la galería Echoes, gran parte de la colección del pintor. Y la alegría al informarse de que Alan Mittard había enviado un cheque a la madre de Alejandro por la mitad de lo facturado. El dinero, sin embargo, no era lo más importante.

Con respecto a Leonard, el odio había ido dando paso poco a poco a una perpleja amargura. En un principio, el sentimiento de rechazo era tan fuerte, que ni siquiera pudo pensar en los detalles relacionados con el caso. Con el tiempo, llegó a saber que una cláusula poco legible del contrato entre Alejandro y Echoes, incluía a Leonard en calidad de representante y como beneficiario exclusivo de las pinturas en caso de un eventual fallecimiento del artista. Se había sentido indignada y engañada. Sabía que la pérdida de Alejandro Damasco era irreparable, pero al menos quedaban el reconocimiento mundial y el prestigio que, una vez disipado el humo sensacionalista, su obra había alcanzado. Su asesinato había adelantado su merecida entrada en la eternidad.

# DOSIER DAVINCI

Un selecto grupo de artistas dispuestos a todo por alcanzar la fama, acabarán encontrando algo mucho más peligroso.

¿Quieres saber las verdaderas razones tras la extraña muerte de Alejandro Damasco?

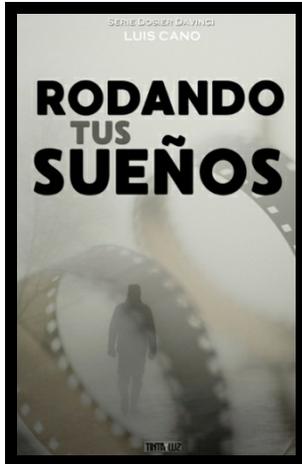
Descubre cómo la mente de seis artistas se convierte en el arma más poderosa, en un puzle novelado que no podrás soltar hasta encajar la última pieza.

El **DOSIER DAVINCI** continúa en los siguientes libros:



## AHOGADO EN PALABRAS

Eric Verbot inicia una peculiar huelga de hambre para conseguir publicar su obra poética. Nadie imagina las increíbles repercusiones de su acción.



## **RODANDO TUS SUEÑOS**

El cine es el mayor de los engaños, y la mente de Jacob Kendall es seleccionada para algo más trascendental que para rodar una buena película.



## **PEDAZOS DE ROMA**

Cuando aparece un inmenso bloque de mármol en el jardín de Trevor Elder, el escultor americano comienza a recorrer un peligroso camino sin retorno.



## LA MÚSICA SECRETA

Anja Bock busca en la música que compone, el antídoto para su melancolía, mientras poderes ocultos intentan aprovecharse de su talento para una misión desconocida.



## ATRAPA EL MOMENTO

Gabriel Estrada congela momentos, captura sensaciones y decide formar parte de un fascinante proyecto ultra-secreto.



## UNA MONTAÑA DE SECRETOS

En un moderno laboratorio oculto en territorio americano, todas las historias de los artistas confluyen hacia un sorprendente e inesperado final.

[www.vayapersonaje.com](http://www.vayapersonaje.com)

Un refugio para personajes de ficción